

PUNTO
ROJO

crimen para ye-yes

keith luger



COLECCIÓN

PUNTO ROJO





KEITH LUGER

**CRIMEN
PARA «YE-YES».**

Colección **PUNTO ROJO** n.º **297**
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES
CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal, B 34.817 - 1967

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: enero, 1968

© KEITH LUGER - 1968

sobre la parte literaria

© ANGEL BADIA - 1968

sobre la cubierta

© ALTAMIRA - 1968

sobre la ilustración interior

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1968

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección BISONTE:**
1.043. — La ley de los duros.
- En Colección SERVICIO SECRETO:**
906. — Cuatro mujeres justas.
- En Colección BUFALO:**
738. — La salvaje Judy Pecas.
- En Colección SALVAJE TEXAS:**
604. — Suspensión de festejos.
- En Colección KANSAS:**
475. — Los ahorcados de San Mateo.
- En Colección BRAVO OESTE:**
363. — Rodando hacia el infierno.
- En Colección PUNTO ROJO:**
293. — Horror en la casa del crimen.
- En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO:**
263. — Leyenda de una mujer muerta.
- En Colección ARCHIVO SECRETO:**
148. — Más difícil todavía.
- En Colección CALIFORNIA:**
583. — El diablo del Mojave.
- En Colección ASES DEL OESTE:**
449. — No fue demasiado tarde.
- En Colección COLORADO:**
527. — Noches de whisky y plomo.

CAPÍTULO PRIMERO

Yo estaba leyendo *Las mil y una noches*. Concretamente la noche quinientas veintiséis, cuando Schehrezade contaba a su amo y señor la historia de *Flor de Granada* y de *Sonrisa de luna*.

—«Y el rey dijo: “Que me traigan al mercader y a su esclava”. Y el mameluco se apresuró a introducir al mercader y a su bella esclava. Al verla entrar, el rey la comparó en su alma a una fina lanza de un solo tiro; y como ella llevaba un velo de seda azul rayado de oro que le envolvía la cabeza y le cubría la cara, el mercader se lo quitó; y al instante quedó la sala iluminada con su belleza, y su cabellera se desplomó sobre su espalda en siete trenzas compactas que tocaron a las ajorcas de sus tobillos; tales las crines espléndidas que barrían el suelo bajo la grupa de una yegua de noble raza. Y ella era regia y maravillosamente moldeada, y desafiaba en flexibilidad ondulante al tallo delicado del árbol ban. Sus ojos negros y grandes estaban cargados de fuegos destinados a aniquilar los corazones...».

En aquel momento oí que la puerta se abría.

Miré hacia allí y quedé asombrado.

Acababa de entrar la esclava a la que se refería la historia de Schehrezade.

Dejé el libro a un lado y me restregué los ojos.

No había duda. Ella estaba en el mismo lugar. La joven podía tener veinticuatro o veinticinco años. Llevaba un corpiño de lentejuelas azules que le cubría muy pobremente sus grandes senos, y pantalones transparentes de odalisca sobre unas ajustadas bragas negras. Entre el corpiño y los pantaloncitos mostraba el ombligo, en donde reposaba una refulgente joya. Sus pies estaban calzados por babuchas de raso negro.

Sí, no cabía duda. Era la hurí de la historia, y un genio travieso la había hecho brotar para mí. Pero yo tenía una ventaja sobre

Aladino, porque no me había hecho falta frotar la lámpara maravillosa.

—¿Señor Silvestre? —dijo.

Había hablado mi idioma. Soy Daniel Silvestre, francés, de veintiocho años de edad, nacido y con residencia en París.

Tengo una profesión de porquería al decir de mucha gente. Detective privado.

Mi oficina se compone de tres habitaciones y un cuarto de baño. Hay una salita de espera, un despacho con todo lo que necesita un detective privado y una tercera habitación, más íntima, con una cama y un sofá. Yo estaba tendido en el sofá haciendo mi lectura.

Así, pues, la odalisca había tenido que pasar dos habitaciones para llegar allí.

Yo no le había contestado porque temía que, cuando hablase, se haría humo, y lo iba a sentir mucho, porque era todo un espectáculo.

—¿Daniel Silvestre? —repitió.

—Sí —respondí, y me tapé la boca por haber cometido el error.

Pero ella no se evaporó. Todo lo contrario, vino hacia mí.

—Señor Silvestre, tiene que ayudarme.

—Si un genio malo le hizo la gran jugada, le voy a destrozár el cráneo.

Ella se detuvo y pareció darse cuenta de lo que yo estaba mirando. La joya del ombligo.

Entonces se cubrió con una capa negra, como si se diese cuenta de que sus encantos me habían atontado. Lo cuál era absolutamente verdad.

—Señor Silvestre, quiero que encuentre a mi hermana.

Puse los pies en el suelo y alargué la mano.

—¿Puedo tocarla?

—¿Qué le pasa?

—Déjeme que la toque. Sólo eso.

Ella se retiró un paso.

—¿Está ebrio, señor Silvestre?

Señalé el libro.

—Todavía no estoy muy seguro de que sea usted una aparición.

—Claro que no soy una aparición.

—¿Es usted de carne y hueso?

—Sí. Me puede tocar.

Sentí la garganta reseca porque era un verdadero problema. ¿Dónde tocaba?

Ella decidió porque me alargó el brazo al mismo tiempo que decía:

—Soy Chantal Mardin.

Le toqué el brazo. Su piel era suave, y toda ella olía a jazmín.

—Demonios —dije—. Debí avisar su visita, Chantal. Al menos, con tres meses de antelación.

Rió enseñándome sus dientes, que eran como perlas.

—Es el mismo que me dijeron, señor Silvestre.

—¿Qué le dijeron de mí?

—Me aconsejaron que no viniese.

—¿Por qué?

—Porque es un tipo peligroso con las mujeres...

—Calumnias. Soy un pobre muchacho, y quién se debe prevenir de ustedes. Son tan hermosas... ¿Quién le habló de mí?

—Un periodista, Henri Durand.

—Menudo puerco.

—¿Eh?

—Me tiene envidia... No me puede ver ni en pintura. ¿Y sabe por qué? Por ustedes...

—Señor Silvestre, necesito que encuentre a Monique.

—¿Monique?

—Ya sabe, mi hermana.

—Ya recuerdo, fue por lo que vino. ¿Cuándo la perdió?

—No la he perdido... Verá, señor Silvestre; Monique forma parte de «Los Tortugas».

—Entiendo. Un conjunto musical.

—No, señor. No es una orquesta. «Los Tortugas» es el nombre de un grupo «ye-yé»...

Son unos cincuenta, según me ha dicho Monique, y entre ellos hay quien canta, quien baila, quien toca algún instrumento...

—¿Qué pasa con Monique?

—Verá, yo estaba en el baile del hotel «Afrodita»...

Me pegué una palmada en la cabeza. Acababa de comprender. Aquel día era martes de carnaval.

—Viene de un baile de disfraces, ¿verdad, Chantal?

—Sí, claro... Me invitó mi jefe, Fernand Herbin. Soy su secretaria... Estábamos en plena fiesta cuando un camarero me anunció que querían hablar conmigo por teléfono. Fui a la cabina. Era Monique.

—¿Qué le dijo ella?

—Que tenía que marcharse.

—¿A dónde?

—No lo dijo, pero se refirió a que se marcharía lejos de París. Agregó algo más... Que la dejase vivir su vida, que no tratase de buscarla. Noté en su voz que estaba muy emocionada. Tuve la impresión de que algo había pasado. Le pregunté, pero no me quiso contestar... Dijo que no volvería a casa porque no necesitaba nada. Monique y yo tenemos un apartamento en la calle Brunetiére, en el 322. ¿Se da cuenta? Monique se iba a marchar sin equipaje, sin recoger sus cosas. Tiene en mucha estima unos cuantos libros y algunos objetos, un *totem* de Nigeria, y unos tambores también africanos. No los dejaría allí por nada del mundo, si no fuese porque algo inesperado la ha hecho tomar la decisión de separarse de mí.

—¿Está Monique enamorada?

—No, no lo creo.

—Hábleme de esos «Tortugas».

—Sólo conozco a un par de miembros de la asociación.

—¿Quiénes son?

—Una amiga de Monique. Se llama Juliette Beranger. Mi hermana y ella estudiaron Ciencias Económicas...

—¿Ya no estudian?

—No, dejaron la Universidad hace unos tres meses.

—¿Por qué?

—Monique me dijo que en el mundo de hoy no hacía falta esa clase de conocimientos.

—¿Y qué conocimientos hacen falta, según ella?

—Ningunos, porque no conducen a nada. No hay estudio especial que pueda mejorar al ser humano.

—¿A qué otro «Tortuga» conoce?

—Ives Sellier, es un muchacho rubio. Su padre ocupa un alto cargo en el Gobierno. En un principio creí que Monique sentía algo por Yves, pero luego me he dado cuenta de que son simples

camaradas. Bueno, entre «Los Tortugas» es muy difícil que exista eso que comúnmente llamamos amor. Para ellos, el amor es un sentimiento que han superado.

—Tendrán algún lugar de reunión.

—Sí.

—¿Cuál es?

—Un sótano, quiero decir, un club... Estuve una vez allí. Monique se enfadó mucho al verme. Fui por curiosidad. Necesitaba saber con quién se reunía. Ya sabe cómo son esos lugares y qué gente hay; pantalones vaqueros, camisas a cuadros, barbudos... Y ellas no se diferencian mucho de ellos. Sólo por la barba. El club tiene el nombre del grupo. Está en Saint Germain des Prés...

—¿Qué edad tiene Monique?

—Dieciséis años. Cumplirá diecisiete dentro de un mes.

—¿Juliette?

—Un año más que Monique. En cuanto a Yves, tiene veinte...

—Está bien, Chantal... Esos muchachos acostumbran a viajar.

—Hasta ahora, Monique no se separó de mí.

—Sí, pero ya le llegó la hora. Unas veces llevan vehículo propio y otras se dedican al autostop.

—Pero ¿por qué no se llevó Monique algunas de sus cosas íntimas? Ni siquiera fue al apartamento por ropa.

—¿Está segura de que se refirió a hacer un viaje?

—Sí, claro. Fueron sus palabras. Le repito que habló de marcharse lejos de París.

—Está bien. Iré a dar una vuelta por ese club. ¿Dónde estará usted?

—En mi apartamento.

—¿Y su acompañante? ¿Su jefe?

—Se quedó abajo esperándome en el coche.

—¿Por qué no vuelve al baile y trata de divertirse un poco?

—¿Cree que podría?

—¿Tiene teléfono?

Me lo dio y le dije:

—Le daré noticias en cuanto las tenga.

—No hemos hablado de sus honorarios.

—No es necesario, por ahora. Quizá usted se preocupó por nada.

—Ojalá acierte. Pero mi voz interior me dice que tengo motivos

para preocuparme.

La acompañé hasta la puerta.

Su capa se abrió cuando me alargó la mano. Otra vez observé sus atractivos encantos. Sí, era una hurí, una auténtica hurí... Cuando hubo salido, cerré los ojos con fuerza, los volví a abrir y aspiré fuertemente. El aroma a jazmín persistía. Todo había sido real.

CAPÍTULO II

Bajé las escaleras del club de «Los Tortugas». Era estrecha, en forma de caracol.

Cuatro tipos estaban sentados en los últimos peldaños y tuve que apoyarme en sus hombros para abrirme paso.

La atmósfera estaba llena de humo.

Había mucha oscuridad.

Conocía otros clubs como aquél y no ofrecía nada original.

La barra estaba a la derecha y sobre ella se aglomeraban los clientes, casi todos gente joven.

En las mesas se veían algunos turistas que habían ido allí para conocer nuevos ambientes, y también alguna mujer de más de treinta años que miraba con ojos brillantes a los muchachos.

Al fondo estaban los músicos. Parecían muy cansados. Sólo eran cuatro. Quizá fuese ése el motivo. Hacían demasiado trabajo. Un pianista, un batería, una guitarra y una trompeta.

Me disculpé con unos y con otros, y logré llegar hasta la barra.

Pedí un «Martini» con una aceituna a un tipo rechoncho, forzado, con cara de bulldog.

—¿Me da fuego? —dijo una voz a mi izquierda.

Era una jovencita que no debía de tener más de diecisiete o dieciocho años, muy mona, rubia, con ojos verdes. Y tocaba la cabeza con un gorro unionista, ya saben, uno de esos gorros militares que se ven en las películas de los americanos cuando se ocupan de la guerra de Secesión.

Le alargué la llama del mechero de gas y ella encendió su cigarrillo. Luego ya no me prestó más atención porque habló a su acompañante, un tipo larguirucho, con patillas de dos dedos, tipo bandolero español.

«Cara de bulldog» me sirvió el «Martini» con la aceituna. Le pregunté qué le debía y le pagué el triple.

—¿Qué quiere comprar por esto? —me dijo.

—Información.

—El *water* está a la izquierda, al fondo —dijo, y se guardó el dinero.

Era un tipo muy listo.

Lo tomé por el brazo.

—Busco a Monique Mardin.

Se encogió de hombros.

—No la conozco.

—Viene mucho aquí.

—¿Sabe cuántos vienen por aquí? Eche una ojeada a su alrededor y se dará una idea.

—Ella pertenece a «Los Tortugas». ¿Le sirve de algo?

Me miró más atentamente a la cara.

—¿Para qué la quiere?

—Necesito hablar con ella. Es urgente. Su hermana sufrió un accidente de circulación. Está en el hospital. Quiere hablar con Monique.

Titubeó unos instantes.

—Se fue ya.

—¿A dónde?

—¿Es verdad eso del hospital?

—Claro. Puede comprobarlo, si quiere.

Los clientes le pedían servicios y pensé que no tendría tiempo para hacer ninguna comprobación. Acerté.

—Se fue con Yves Sellier. Estarán en el apartamento de Yves. Cuando salga, doble la primera calle a la derecha. Es el número 32, apartamento

8-C.

Le di las gracias y bebí un trago del «Martini».

Otra vez me tuve que abrir paso entre los que se apelotonaban en la barra y entre los tipos sentados en los peldaños de la escalera.

Respirar el aire de la calle fue bueno.

Doblé la primera calle a la derecha y poco después entré en un edificio construido cincuenta años atrás. Pero tenía ascensor.

Una mujer que necesitaba urgentemente los servicios de la peluquería me cerró el paso.

—¿A dónde va?

—Al apartamento de Yves Sellier.

—Para ser amigo suyo, es demasiado mayor.

—Sólo vengo para recomendar mi nieto a Yves.

Se quedó con la boca abierta, porque quizá comprendió el chiste.

—Tercer piso —dijo de mala gana.

Viajé en un ascensor, lento, asmático.

Llegado ante la puerta, apreté el timbre.

Pasaron treinta segundos, y cuando me disponía a llamar otra vez, abrieron como un palmo.

En el hueco había un muchacho rubio, de unos veinte años. Tenía restos de jabón en la cara.

—¿Qué quiere?

—Ver a Monique.

—¿A Monique? ¿Quién es usted?

Traté de mirar hacia el interior, pero él cubría el pequeño hueco.

—Soy Daniel Silvestre.

—¿Para qué quiere a Monique?

—Ella y yo hablaremos.

—¿Sobre qué?

—Es un asunto entre Monique y yo.

—Lo siento. No puedo ayudarle. Ella no está aquí.

—Mi información es otra.

—Quizá la encuentre en el club de «Los Tortugas».

—Vengo de allí y me dijeron que Monique había salido con usted.

—Le informaron mal.

—Eso tendré que comprobarlo.

Sonrió despectivamente.

—No puede.

—¿Por qué no?

—Porque yo estoy aquí para impedirselo.

—Lo comprendo —dije, y pegué un empujón a la puerta.

El rubio se tambaleó y se apartó de la entrada.

Pude entrar.

Me encontré una amplia habitación con un tresillo, una biblioteca, una cocina de gas al fondo, un bar a la izquierda, un tocadiscos...

Pero no había ninguna mujer a la vista.

—Le voy a romper las narices —dijo Yves.

—Cuidado, muchacho.

—Ahora verá —dijo, y se lanzó sobre mí.

Burlé la derecha que llegaba a mi cara y eso le hizo perder el equilibrio.

Quedó de espaldas y aproveché el momento para golpearle en la clavícula con el filo de la zurda.

El rubio cayó de rodillas.

—Maldito, me ha roto el hueso...

—No, Yves. Sé cómo pego. Te habría roto el hueso si hubiese querido, pero como no era mi intención, me conformé con quitarte fuerza.

—Aproveche la oportunidad para marcharse.

—Vine aquí por ella.

—Ya ve que no está.

A la derecha vi unas cortinas. Fui hacia allí y pasé entre ellas.

Cubrían una puerta, que abrí.

Allí estaba ella, en el cuarto de baño, frente al espejo, pintándose los labios.

—¿Monique?

Me miró con las cejas enarcadas.

Era tan bella como su hermana, y se cubría con jersey rojo y pantalones negros, todo muy ceñido. Sus próximos diecisiete años la iban a convertir en una mujer de esas que uno mira en la calle y siente que no esté trabajando en el cine o apareciendo en las portadas de las revistas.

—¿Qué le pasa a usted?

—Soy Daniel Silvestre, detective privado. Me contrató tu hermana.

—¿Para qué?

—Para encontrarte y devolverte al hogar.

—¿Qué hogar?

—El que tú compartes con Chantal.

—¿Está de broma?

—No, no lo estoy. Puedes preguntarle a Yves.

Permaneció inmóvil, sin hablar. Y de pronto echó a andar, pasó por mi lado y entró en el amplio *living*. Yves estaba sentado en un

sofá, masajeándose la clavícula.

—¿Qué te pasa, Yves? —dijo Monique.

—Ese fulano me golpeó a traición, por la espalda...

—Si hizo eso, ¿por qué no llamas a la policía?

—¿Y por qué no a mi papá y a mi mamá? Monique, me decepcionas. En cuanto mejore un poco, y si ese tipo sigue aquí, voy a hacer que barra el suelo con la lengua.

El muchachito era un bravucón.

Saqué un cigarrillo, lo encendí, y tomé posesión de un sillón, cruzando las piernas. Con tranquilidad dije:

—Esperaré el segundo *round*, Yves. Tú dirás cuándo estás en forma.

Sus ojos me miraron con odio.

—Pero ¿qué es lo que quiere, cerdo?

—Tranquilo, muchacho, o te echo los dientes abajo.

—Póngame la mano encima y le juro que recibirá un escarmiento para toda la vida.

Me eché a reír.

—Eres sólo un crío mal educado, Yves. Pero tú te crees el tipo más duro —señalé la pared, donde había fotografías de James Dean y Humphrey Bogart—. Tus ídolos, ¿eh?

—Sí. ¿Qué pasa?

—Que están muertos.

—Ellos supieron vivir. ¿Lo sabe usted, señor Silvestre?

—Puedo presentarte a un par de rubias, tres pelirrojas, y media docena de morenas que te lo dirán mejor que yo.

—Es de éstos, ¿eh? De los que creen que la vida es sólo sexo.

—Bueno, te aclararé qué clase de sexo prefiero. El femenino.

—¿Qué es lo que me está llamando?

—Nada todavía, hijo, nada todavía...

—¿Por qué infiernos no se va y nos deja en paz?

—Es cierto, Monique. Debemos irnos —dije levantándome.

—Yo no voy a ir con usted, señor Silvestre —replicó la joven.

—Ya es tarde para estar lejos de casa y dejaste a tu hermana muy preocupada.

—¿Por qué acudió Chantal a usted?

—Alguien le habló de mí.

—¡Oh, sí, claro! Usted debe ser como uno de esos detectives de

las películas que todo lo consiguen.

—No siempre.

—Me alegro que haya hecho una excepción, porque no va a conseguir llevarme con usted.

Me arrellané en el sillón.

—Bueno, por mí nos quedaremos el tiempo que quieras.

Monique dio una patadita en el suelo.

—Yves, ¿has oído eso? Va a seguir molestando.

Yves se puso en pie y, todavía masajeándose la clavícula, se dirigió a un perchero en donde había algunas chaquetas, jerséis, chalecos de punto...

Salté del sillón y corrí hacia Yves sujetándolo por el brazo.

—No me gustan las pistolas, ni los cuchillos —dije con voz seca.

Yves se echó a reír.

—No voy a sacar nada de eso. Ande, venga conmigo y lo comprobaré.

Le acompañé hasta el perchero. Metió la mano libre en el bolsillo de la chaqueta y sacó una bola de billetes.

—Esto es para que se alivie, sabueso.

—No, gracias.

—Hay unos quinientos francos. Con eso no habrá perdido la noche. Cobra de mí, y habrá sacado unos cuantos francos de adelanto a la hermana de Monique.

Cogí la bola de billetes y la guardé en el bolsillo.

Yves sonrió a Monique.

—Todo arreglado, nena. Silvestre es un buen chico.

Me fui otra vez al sillón.

—¡Eh! ¿Qué hace? —dijo Yves.

—Sólo me falta saber una cosa y me marcharé.

—¿A qué se refiere?

Miré a la joven.

—¿Por qué huyes, Monique?

—Yo no huyo.

—Te despediste de tu hermana. Vas a emprender un viaje. No le diste ninguna razón.

—Oiga, ¿es asunto suyo?

—Sí, lo es.

Yves se acercó a mí.

—Sabueso, no sé por qué le doy detalles, pero se los daré.

—Adelante, muchacho.

CAPÍTULO III

Yves inspiró profundamente y dijo:

—Monique ha decidido acompañarme.

—¿A dónde?

—A Suiza.

—¿A qué parte de Suiza?

—Váyase al infierno.

—¿A qué parte de Suiza? —repetí.

—A Zúrich.

—¿Qué se os ha perdido en Zúrich?

—Voy a ver a mi hermano.

—¿Qué hermano?

—George. Trabaja allí como ingeniero en una central eléctrica.

¿Algún otro detalle?

Monique intervino:

—Soy dueña de hacer de mi vida lo que me plazca.

—No estoy conforme con eso. Tienes dieciséis años.

—Voy a cumplir diecisiete.

—Muy bien. Ya los has cumplido. Sigues estando bajo la tutela de Chantal. Ella responde de ti ante el prójimo, ante las autoridades.

—¡Qué cosa más graciosa...!

—Es cuestión tuya tomarlo como chiste.

—Lárguese de una vez. Yves ya le pagó por sus molestias.

—¿Cuándo os vais?

—Dentro de una hora.

—¿En el tren?

—No. En mi auto —contestó Yves—. ¿Algo en contra?

—Sí, algo que me inquieta.

—¿Qué cosa?

—Tu barba.

Se llevó instintivamente la mano al mentón.

—¿Qué le pasa a mi barba?

—Que no la tienes. Te la afeitaste poco antes de llegar yo.

—¿Qué importancia tiene que me quite la barba?

Fui hacia la pared donde estaban los retratos de James Dean y Humphrey Bogart. Había un pequeño clavo en donde no había fotografía.

—¿Qué había aquí antes, Yves?

—Otra fotografía.

—¿De quién?

—De Humphrey Bogart.

—No, no creo que fuese de Humphrey Bogart.

—De Ann Margret, ¿está mejor así?

—No, no era de Ann Margret.

—¿De quién piensa que era la fotografía, maldita sea?

—Tuya, pero tenías barba. Por eso la quitaste.

Fui al bar, donde había un par de cajones y tiré del primero.

—¡Eh! ¿Qué hace? —gritó Yves viniendo hacia mí muy aprisa.

Saqué la fotografía. Allí estaba Yves con su barba y con bigote muy espeso que le cubría casi la boca. Pero había algo más. Una botella para teñir el cabello. Estaba llena de líquido.

—¡Deme eso, sabueso! —gritó Yves.

—¿Por qué te quieres transformar?

—Oiga, me dejé la barba porque me dio la gana, y me la quité porque me da la gana.

—Claro, y te vas a teñir el cabello por la misma razón.

—¿Quién se va a teñir el cabello?

Saqué el frasco y se lo enseñé.

—No es mío —exclamó.

—¿Es tuyo, Monique?

—Sí, es mío. Lo traje el otro día, y lo dejé olvidado.

Monique poseía un hermoso cabello negro, como su hermana.

Me eché a reír.

—No es tuyo, Monique.

—¿Cómo se atreve a llamarme embustera?

—Por la sencilla razón de que este tinte sirve para transformar el cabello claro en oscuro. Tú no lo necesitas —hice una pausa y clavé los ojos en la cara de Yves—. Pero él sí, porque es rubio.

Yves empezó a congestionarse.

—Oiga, ya me está cansando.

—¿Qué es lo que ha pasado, Yves?

—Nada, no ha pasado nada.

—Te has quitado la barba, te ibas a teñir el cabello y eso sólo lo hace una persona que quiere esconderse.

Yves se echó a reír.

—Eh, nena, ¿no te lo he dicho? Aquí tienes a James Bond.

—No soy James Bond. Ya dije mi nombre, Daniel Silvestre.

—Pero usted se cree el 007. Todo lo sabe, todo lo adivina... Si uno está cansado de su barba y se la quita, es porque ha cometido un delito. ¿Es eso lo que quiere decir?

—Supongámoslo.

—Si uno se tiñe el cabello, es porque quiere huir de la policía.

—Exacto.

—¿Sabe lo que le digo? ¡Que se vaya al cuerno!

—Puedo irme al diablo, al infierno, al cuerno, pero no me das la respuesta que yo quiero.

—Muy bien. Se la daré.

—Estupendo, Yves. Te escucho.

—Traté de liquidar al jefe del Gobierno porque no me gusta su política. ¿O se conformará más si le digo que fue al mismísimo general De Gaulle a quién quise poner una bomba debajo de su sillón presidencial en el Elíseo? Pero resulta que el complot fue descubierto. Sí, amigo mío, Monique y yo estamos involucrados y tenemos que marcharnos antes de que la policía nos eche mano. Somos dos peligrosos terroristas, gente de cuidado. Será mejor que abandone nuestra compañía cuanto antes o usted caerá en el cepo...

—¿Ya terminaste la broma?

—¿Por qué piensa que es una broma?

—Porque te conozco.

—¿Qué te parece eso, Monique? Me conoce y sólo estuvimos juntos unos minutos.

—A mí me bastó para conocerte.

—Ande, amigo, diga la verdad, que tiene una bola de cristal. Confiese que es eso. Antes de venir aquí consultó su bolita y vio al bueno de Yves afeitándose la barba.

—Eres más estúpido de lo que creía.

Se movió rápidamente y atrapó un atizador de la chimenea.

Era un arma peligrosa.

La levantó lentamente. Sus ojos estaban desencajados.

—Deja eso quieto, Yves —le dije.

—Sólo lo dejaré cuando usted haya salido de aquí.

—Saldré con Monique.

—Se irá sin ella.

Di un suspiro.

—De acuerdo. Me iré sin Monique si ése es tu deseo.

Di media vuelta para marcharme. Entonces giré de nuevo y salté sobre Yves.

Si no sorprendía a Yves, me podría encontrar con el cráneo abierto en una fracción de segundo.

Pero tuve éxito. Le pegué en la quijada antes de que bajase el brazo. Yves cayó hacia atrás y dio la vuelta de campana.

Yo me golpeé la cadera contra la chimenea y vi las estrellas.

No me di mucha prisa en levantarme al ver que Yves había quedado sin conocimiento.

Monique estaba pálida como una muerta.

Me acerqué a ella renqueando.

—Ahora quiero la verdad, Monique...

Se mojó los labios con la lengua.

—Se lo ruego, márchese...

—La respuesta es no, y ya la deberías saber. Tengo fama de ser un hombre testarudo.

—No puede hacer nada por mí.

—¿Por qué crees que no?

Sus ojos estaban muy fijos en los míos.

—Se lo voy a decir porque ya da lo mismo. Nuestra fuga ha fracasado. Usted la impidió.

—Habla de una vez, Monique, ¿por qué queríais huir?

—Maté a un hombre, señor Silvestre.

Eso era lo que había dicho. Se había expresado con claridad.

Sentí la garganta reseca. Necesitaba un trago de *whisky*, lo necesitaba urgentemente.

CAPÍTULO IV

Escancié en un vaso y, después de beber un trago, me volví hacia Monique.

Estaba en el mismo sitio, pálida.

—¿A quién mataste, Monique?

—¿Qué importa eso? ¡Lárguese ahora!

—No, no puedo largarme. Vamos, contesta. ¿A quién mataste?

—A Gerard Bloch.

—¿Quién es Gerard Bloch?

—El secretario del padre de Yves.

—¿Dónde lo mataste?

—En un *bungalow*.

—¿En qué lugar está ese *bungalow*?

—A unas ocho millas de París, hacia Clichy. Es un motel.

—¿Cómo se llama el motel?

—«La bella jardinera».

Yves empezó a volver en sí y Monique le ayudó a levantarse.

—Monique —dije—, continúa con la historia.

—No puedo.

—Claro que puedes. Quiero saber qué relación te unía con Gerard Bloch. Por qué fuiste allí. Y qué es lo que pasó entre él y tú.

Yves, ya repuesto, gritó:

—¡No digas nada, Monique!

Me miró con los ojos congestionados y alargó el brazo apuntándome con el dedo índice.

—¡Usted es un entrometido!

—Quiero ayudar a Monique.

—Yo le diré la mejor forma que tiene a su alcance para ayudarla... ¡Tírese por la ventana!

Bebí otro trago de *whisky*, dejé el vaso sobre la mesa y atrapé el teléfono.

—¡Eh! ¿Qué hace? —gritó Yves.

—Cumpliré con mi obligación. Llamaré a la policía.

—¿Qué?

—Acabo de saber que se ha cometido un crimen y mi obligación es informar a la policía.

—¡No lo haga!

—Dime una razón para que me quede quieto.

Yves guardó silencio y Monique dijo:

—Hay una muy importante, señor Silvestre.

—¿Cuál?

—Lo maté en legítima defensa.

—Cuéntamelo. ¿Por qué fuiste allí?

—Fui engañada.

—¿Por Gerard Bloch?

—Claro.

—¿Cómo te engañó?

—Yo estaba sola en el club «Tortuga». Fue esta tarde, aproximadamente a las cinco. Uno de los empleados. Pierre, me dijo que había una llamada para mí. Fui a la cabina. El hombre que estaba a la otra parte era Gerard Bloch. Me dijo que Yves se encontraba en un apuro y que no tenía tiempo para explicar más. Yves me esperaba en el *bungalow* número 7 del motel «La bella jardinera», y que me diese prisa... porque Yves me necesitaba. Sólo agregó la dirección del motel. Salí del club, cogí un taxi y me hice conducir al motel... Entré en el *bungalow* y me encontré con Gerard Bloch.

—¡No sigas, Monique! —exclamó Yves.

—Ya da lo mismo, Yves. He empezado y terminaré —la muchacha hizo una pausa—. Gerard Bloch me dijo que Yves tenía que llegar, pero que se había retrasado. Le pregunté de qué se trataba y me contestó que no podía adelantarme nada, que Yves me informaría de todo. Me ofreció una copa. Era *whisky*. Bebí un par de tragos. Me sentí mareada. Aquel *whisky* contenía algo, una droga.

—¿Qué clase de droga?

—No lo sé. Pero me hizo efecto muy pronto. Gerard Bloch estaba a mi lado. Sonreía. De pronto me di cuenta de que todo aquello era una trampa. Me levanté para escapar, pero él me obligó

a sentarme, se echó sobre mí y se puso a darme besos... Yo me resistía, pero cada vez me abandonaban más las fuerzas. Entonces...

—¿Entonces? —dije yo.

—Cogí lo primero que encontré a mano. Era un pesado cenicero. Estaba sobre la mesa. Golpeé con él en la cabeza de Gerard Bloch. De pronto sentí que ya no me besaba. Lo vi en el suelo, a mis pies. De su cabeza salía mucha sangre. Me aterroricé y eché a correr... Me detuve entre los árboles un rato. No sé cuánto tiempo pasó, quizá media hora. Poco a poco me sentí mejor. Me alejé de allí un par de kilómetros, salí a la pista e hice la señal de autostop. Un coche se detuvo. Fue así como llegué a París...

—¿Qué hiciste después?

—Telefoneé aquí a Yves, pero él ya no estaba. Imaginé que lo encontraría en el club «Tortuga». Fui allí. Le conté a Yves lo que había pasado y él tomó la decisión de que debíamos huir. Se sentía culpable porque él era quien me había presentado al secretario de su padre, a Gerard Bloch.

Miré a Yves. Estaba sentado en el sofá, cubriéndose la cara con las manos.

—Quiero que me aclares algo de tu historia, Monique —dije—. ¿Cómo sabes que Gerard Bloch estaba muerto?

—Lo estaba. Tenía los ojos abiertos. La mirada fija. Lo recuerdo perfectamente. Lo maté, señor Silvestre... Quiso aprovecharse de mí, me defendí...

Yves saltó del sofá y gritó:

—¿Por qué no deja de atormentarla? ¿Por qué no se va de una vez?

—Tranquilo, muchacho. A nada conduce perder los estribos.

—Estábamos la mar de tranquilos antes de que usted llegase.

—¡Oh, sí! Os ibais a convertir en dos fugitivos.

—¿Y en qué quiere convertirnos usted? En dos reos.

—Cuando se produce una situación como ésta, lo mejor es dar la cara.

—¡Oh, sí! ¿Piensa que la policía se va a creer la historia que Monique le ha contado? Si me responde afirmativamente, le diré que es usted un ingenuo, señor detective. ¿Qué testigos tenía Monique? ¡Ninguno! ¿Cómo le van a creer lo de la droga?

—Le harán un análisis de sangre.

—Han transcurrido varias horas desde que tomó la droga. Ese análisis será negativo. ¿O ha pensado que el simple hecho de que Gerard Bloch estuviese allí significa que ella fue conducida al *bungalow* mediante engaño?

—Te comprendo perfectamente, Yves.

—Qué suerte.

—Deja las ironías para otra ocasión.

—Muy bien. Hablaremos de realidades. Ella recibió la llamada de Gerard Bloch en el club. ¿Quién la escuchó? ¡Nadie! Pierre sólo podrá decir que Monique recibió una llamada telefónica, sólo eso...

—Volvamos a Gerard Bloch, Monique. ¿Qué relación tenías con él?

—Ninguna. Nos habíamos visto dos o tres veces... Pero siempre en presencia de Yves, en este apartamento.

—¿A qué venía aquí Gerard Bloch?

Monique miró a Yves y éste bajó los ojos al suelo.

—Verá, señor Silvestre. No me llevo bien con mi padre. No está conforme con mi clase de vida. Según él, pertenecemos a una familia a la que no se le pueden permitir ciertas cosas. Supuestamente, estoy destinado a ocupar un alto cargo en la vida política, como él. Nuestra familia pertenece a la clase dirigente desde hace cien años. Y de pronto yo, Yves Sellier, me convertí en la oveja negra... Terminé mis estudios universitarios y me crucé de brazos. No he tratado de hacer nada más... Mi padre me ofrecía un montón de cargos. Soy abogado, ¿sabe? Podría ser consejero jurídico de firmas muy importantes y yo me negué rotundamente. Quería vivir mi vida. En un principio, mi padre me tomó a broma, cosa de chiquillos, ya sabe... Es lo que decía. No se daba cuenta de que hay cosas con las que uno no está conforme. Pero usted no ha venido aquí a hablar de eso.

—No, me temo que no.

—Gerard Bloch venía con alguna frecuencia a verme desde que alquilé este apartamento... Cuando me independicé, mi padre no puso ningún inconveniente. Ya se lo he dicho. Él pensó que, al cabo del tiempo, volvería al redil, cuando hubiese visto lo que es la vida. En una de sus visitas, Gerard conoció a Monique y luego la vio alguna vez más... Pero no pude imaginar que ese miserable hubiese sentido hacia ella unos sentimientos tan bastardos...

—Quiero que me des tu palabra de que no vas a huir.

—¿Cómo?

—Iré a la «La bella jardinera».

—¿Para qué?

—Para ver lo que pasa allí.

—¿Qué quiere que pase? Quizá todavía no han descubierto el crimen. Si la policía lo supiese, uno de los sitios a que primero vendrían sería aquí.

—Ven conmigo, Monique.

—¡Oh, no, ella no irá...!

—Podría ir solo a condición de que renunciase a la huida.

—De acuerdo, señor Silvestre —contestó Monique.

—¡No puedes prometerle eso, Monique! ¡Tenemos que marcharnos!

—No serviría de nada. Él ya lo sabe.

Intervine diciendo:

—Esa huida es una locura, Yves. Habrían empeorado mucho las cosas para Monique. Si su versión tiene alguna probabilidad de ser creída, habría saltado por los aires... A pesar de lo que dice Monique, cabe una esperanza de que Gerard Bloch no esté muerto. Eso explicaría por qué la policía no ha venido aquí. Por ello necesito ir a «La bella jardinera».

Monique me fue a interrumpir, pero yo le dije:

—Necesito saber cuánto antes si Gerard Bloch está muerto o no. Y quiero encontraros aquí cuando vuelva.

Me dirigí hacia la puerta, y antes de salir volví la cabeza. Los dos estaban en el mismo sitio.

—Tendréis noticias mías muy pronto.

CAPÍTULO V

Me estaba acercando al motel «La bella jardinera» caminando por entre los árboles.

No pensaba pasar por la oficina y ésa era la razón de que hubiese dejado el auto al comienzo del bosquecillo.

Llevaba mi juego de ganzúas.

Todo estaba tranquilo, y pude llegar sin novedad al *bungalow* número 7.

Eran las ocho de la noche.

En el *bungalow* número 7 no se veía ninguna luz.

Subí al porche y puse en marcha la ganzúa adecuada.

La puerta se abrió a mi impulso.

Entré y cerré a mis espaldas.

Luego encendí la linterna y envié el haz de luz a través de la estancia.

El cadáver de Gerard Bloch no estaba allí.

Me acerqué al sofá y otra vez recorrí el suelo con la luz de la linterna.

No me equivocaba. No vi ningún muerto. Pero lo peor era que no había ninguna huella de sangre en la alfombra.

Miré la mesa. Sí, allí había un cenicero. Lo observé. Era de bronce, con la figura de Diana cazadora.

Lo cogí con la mano enguantada y lo observé atentamente. No, tampoco tenía huellas de sangre, cabello: adheridos.

De pronto se iluminó toda la estancia.

—Quieto o te baleo —dijo una voz ronca.

En el hueco de la puerta había un tipo robusto, de cuarenta años, nariz aguileña, cara ancha, con grandes entradas. Tenía una pistola en la mano. Se cubría con pantalones de pana y camisa a cuadros.

—¿Quién es usted? —dije.

—Yo soy el que hace las preguntas.

Cerró la puerta, pero no dio ningún paso hacia mí.

—Apaga la linterna o se te gastarán las pilas —dijo.

Apagué la linterna.

Entonces ordenó:

—Tírala al diván. Cuidado con moverte o aprieto el gatillo.

Tiré la linterna a dónde él quería.

Soltó una risita y dijo:

—Empecemos con las presentaciones. ¿Quién eres tú?

Tal como estaban las cosas, no valía la pena hacerse pasar por otra persona.

—Daniel Silvestre.

—Y tu profesión es ladrón, ¿eh?

—No, no soy ladrón, sino un detective privado.

—¡No me digas...!

—Si fuese ladrón no habría entrado en un *bungalow* que supuestamente está desalquilado.

—Este *bungalow* está desalquilado y, por tanto, un detective tampoco tiene nada que hacer aquí.

—No estaba desalquilado esta tarde, como hace tres horas.

—En este *bungalow* no ha entrado ningún cliente desde ayer.

—Se equivoca.

Estaba muy serio y, de pronto, se echó a reír.

—¿Vas a saber tú más que yo? Soy el dueño del motel. Mi nombre es Eugene Richet.

—Está equivocado, Richet. Este *bungalow* fue alquilado por Gerard Bloch.

—¿Gerard Bloch? ¿Quién es?

—El hombre que estuvo aquí esta tarde. Primero llegó él y luego una joven...

—No, muchacho.

—Dígame, señor Richet, ¿estuvo toda la tarde en la oficina?

—No, toda la tarde no.

—¿Tiene algún empleado?

—Sí.

—Quisiera hablar con su empleado.

—No vas a hablar con Félix.

—Es necesario.

—Voy a llamar a la policía, Silvestre. Ellos sabrán qué hacer contigo...

—Debo advertirle algo, Richet. Vine aquí para investigar un posible crimen.

—¿Eh?

—Gerard Bloch fue herido en este mismo *living*.

Rió otra vez.

—Eso sí que es divertido... ¿Qué clase de historia tratas de colocarme, muchacho?

—Si llama a la policía tendré que contarle la verdad.

—Estoy por pegarte un tiro.

—Sería demasiado complicado para usted.

—No lo será porque te sorprendí en este *bungalow*. Descerrajaste la puerta para entrar y estabas aquí con una linterna.

—No podrá hacerme pasar por un ladrón ante la policía. Saben quién soy yo.

Se quedó pensativo unos instantes, y al fin dijo:

—Esto no me gusta nada.

—A mí tampoco, señor Richet. Por eso le sugiero que vayamos a hablar con su empleado.

—Muy bien. Vamos a ir con él. Pero no intentes escapar.

—No escaparía por nada del mundo. Tengo mucho interés en conocer a Félix.

—Vamos, echa a andar ya.

Me invitó a salir. Yo cogía la linterna, la guardé en el bolsillo y me puse en marcha.

Richet vino detrás de mí, sin dejar de apuntarme con la pistola.

La oficina estaba instalada en el primer *bungalow* de la hilera.

Entramos y vi a un tipo sentado detrás de un registro. Era un hombre de unos cincuenta años con el pelo muy encanecido, de frente arrugada.

Había apartado los ojos de un diario, y al ver a Richet con la pistola, se puso en pie de un salto.

—¿Qué pasa, señor Richet? ¿Quién es el tipo?

—Al llegar me pareció ver el haz de una linterna en el *bungalow* número 7. Entré y me encontré a este hombre.

—¡Vaya, un pajarito...! —rió Félix—. Le vendrá bien una temporada en la celda.

—No es un ladrón, según él, sino un detective privado. Se llama Daniel Silvestre.

Félix dejó de reír y me observó con más atención.

—¿Un detective privado? ¿Qué demonios hacía en el *bungalow* número 7?

—Dice que vino a investigar un supuesto crimen.

—¿Crimen?

—Sí.

—¿Qué tontería es ésta?

—Según él, el *bungalow* número 7 se alquiló hoy.

—¡Oh, no, señor Richet! Ya se lo dije. El *bungalow* número 7 no se alquiló.

Yo había estado escuchando en silencio demasiado rato, e intervine ahora:

—Fue ocupado por Gerard Bloch, Félix.

—¿Gerard Bloch?

—Eso dije.

—La primera vez que oigo ese nombre.

—Bueno, quizá utilizó un nombre supuesto.

—No, no pudo ser.

—¿Por qué no?

—Porque ese *bungalow* no se alquiló. Si tiene alguna duda, puede mirar en el registro.

—Quizá no se registró.

Félix salió del mostrador muy furioso.

—Oiga, me está llamando embustero...

—Sí.

—Le voy a romper las narices.

—No lo intente, Félix.

—No lo voy a intentar. Se las voy a romper de verdad.

Richet se interpuso.

—Apártese, señor Richet —dijo Félix.

—No quiero una pelea.

—¿Es que no lo ha oído? Dice que soy un mentiroso. Algo más que eso... Me está acusando ante usted como un empleado infiel. Según este individuo, yo alquilo los *bungalows* y no los registro... ¿Se da cuenta? Eso es contrario a la ley. Y le podría traer problemas ante la policía...

—No te preocupes, Félix. Te creo.

—Gracias, señor Richet —dijo Félix, y se mojó los labios con la lengua.

Richet clavó sus ojos en mi cara.

—Le ha salido mal la combinación.

—No hice ninguna combinación, Richet. Estoy diciendo la verdad.

—¿Quién le contó esa historia?

—La chica.

—¿Qué chica?

—La que se reunió con Gerard Bloch en el *bungalow* número 7.

Félix se echó a reír, pero lo hizo con muy pocas ganas.

—Eh, patrón, este tipo está loco. ¿Lo oye? Primero viene un tipo y alquila el *bungalow* número 7, y ahora agrega una chica... ¿También tendría que estar registrada ella?

—No, ella no.

—¿Y por qué no?

—Porque no pasó por la oficina.

—¡Maldito sea, sabueso! ¿Quiere decir que en ese *bungalow* se celebró una cita clandestina?

—Eso es, aunque fue clandestina a medias. Lógicamente, usted debía saber que Gerard Bloch estaba allí.

Los ojos de Félix despidieron llamaradas de ira.

—Patrón, ¿qué es lo que está esperando para pegarle con la pistola en los dientes?

—Señor Silvestre —dijo Richet—, ¿no cree que ya nos ha buscado demasiadas complicaciones? Quizá tenga otro medio para saber de ese amigo suyo, Gerard Bloch.

—No era mi amigo.

—¿Y si lo llamase por teléfono a su casa? Aquí hay uno.

—Está bien. Llamaré.

Me dirigí hacia el registro donde estaba el teléfono.

Félix gritó:

—¿Por qué le da su colaboración, señor Richet?

—Quiero terminar de una vez con esto.

Consulté la guía y marqué el número de Gerard Bloch.

Sonó tres veces el teléfono y al fin descolgaron.

—La señora Bloch al habla. ¿Quién llama?

—Soy un amigo de su esposo. Daniel Silvestre. Quiero hablar con él.

—Lo siento, señor Silvestre, pero no puede hablar con Gerard.

—¿Quizá se encuentra enfermo?

—Oh, no, de ninguna forma. Gerard salió de París.

—No sabía que fuese a emprender un viaje.

—Salió en avión para Roma esta mañana.

—Lo siento... ¿Cuándo regresará?

—Mañana o pasado. Depende del negocio por el que fue a Roma.

—Gracias, señora Bloch. Imagino que el señor Bloch le habrá dejado su dirección en Roma.

—«Hotel Imperial».

—Muchas gracias, señora Bloch.

Colgué y miré a los dos hombres que estaban a mi lado.

Richet había bajado la mano con la que empuñaba la pistola y ahora apuntaba al suelo.

—¿Está satisfecho, señor Silvestre?

—No.

—He deducido de su conversación que el señor Bloch emprendió un viaje.

—¿Qué quería que le dijese él a su mujer? ¿Qué venía al motel «La bella jardinera» para reunirse con una muchacha?

—Usted tiene respuesta para todo, señor Silvestre. De acuerdo con sus procedimientos, yo no podría estar libre de sospechas en toda la vida. Pensé que los detectives privados tendrían en cuenta la lógica.

—¿Y cuál es la lógica en este caso, señor Richet?

—Yo le hablaré de ella si usted es incapaz de pensar por su cuenta.

—Adelante.

—Usted vino aquí en busca de un hombre y se metió en el *bungalow* número siete subrepticamente. Lo sorprendí, pude pegarle un tiro, pero no lo hice. Preferí darle razones. Los dos hemos sabido al mismo tiempo que ese hombre que busca nunca estuvo aquí... Y tampoco estuvo la chica. Y ahora ha comprobado que Gerard Bloch, según le ha informado su propia esposa, salió de viaje. ¿Qué más quiere? Váyase a Roma o telefonee a Roma si

quiere hablar con el señor Bloch. Pregúntele qué es lo que hizo desde que nació, si es eso lo que le interesa, pero no se meta con nosotros porque no tenemos nada que ver en su asunto.

Terminó de hablar y se hizo un silencio.

Sacudí la cabeza.

—Ya me voy, señor Richet... Gracias por todo.

—De nada. Y otra vez, cuando tenga que investigar algo, le aconsejo que busque la colaboración del dueño de la casa.

Abandoné la oficina del motel, fui adonde estaba mi coche y me puse en camino hacia París.

CAPÍTULO VI

Llamé al apartamento de Yves Sellier.

Tardaban en abrir y pensé en la posibilidad de que al fin se hubiesen decidido por la huida.

¿Tenía sentido la historia que me había contado Monique? ¿Y si sólo fuese una invención suya?

No tuve tiempo para contestar a mis preguntas porque en ese momento abrió Yves.

—Hola, muchacho —dije, y pasé adentro.

Monique estaba sentada en un sillón, con un vaso de *whisky* en la mano. Parecía haber bebido bastante.

—Hable, señor Silvestre —dijo con voz torpe.

—No hay cadáver.

La joven parpadeó.

—¿Quiere decir que no lo maté, que sólo lo herí, como usted sugirió?

—No pasó nada de lo que tú dijiste, Monique.

—¿Qué?

—Gerard Bloch nunca estuvo en el *bungalow* número siete del motel «La bella jardinera». Allí nadie conoce a Gerard Bloch. Tú tampoco estuviste allí...

Monique se echó a reír. Ya no tuve ninguna duda de que estaba ebria.

—Es usted un detective formidable. Casi me convenció.

—¿De qué?

—De que no encontró el cadáver de Gerard Bloch.

—¿Y qué crees que he hecho?

—Lo escondió. Mejor aún, lo enterró en alguna parte... ¿Verdad, señor Silvestre?

—No, no he hecho eso.

—Usted se puso en marcha porque fue contratado por mi

hermana. Chantal le pagó bien para que usted me defendiese si estaba en un lío, y en menudo lío estaba metida... He matado a un hombre. Pero yo le conté las circunstancias de esa muerte, y usted es todo un caballero. Lo comprendió muy bien y se dijo que debía cumplir con su cliente, con mi hermana... Por eso usted hizo desaparecer el cadáver. Sin víctima no puede haber crimen. ¿No se dice así? Pero ¿qué importan las palabras? Usted realizó hoy su bella acción. Ahora mi hermana estará satisfecha. ¿Sabe que ha sonado el teléfono como media docena de veces? Naturalmente no hemos atendido las llamadas, pero está claro que se trataba de Chantal. Llamaba para saber si yo estaba allí.

—Entonces, será mejor que vayamos con tu hermana.

—Estupendo. Quiero ver a Chantal. Usted le contará a ella toda la historia y entonces sabré dónde escondió el cadáver.

—Bebiste demasiado —dije, y miré con reconvención a Yves.

El muchacho dijo:

—Quise impedirselo, pero no hubo manera de conseguirlo.

Cogí a Monique del brazo y la levanté.

—Andando, Monique.

—Yo iré con ustedes —dijo Yves.

—No —le respondí.

—¿Es que me lo va a prohibir?

—Prefiero que te quedes aquí.

Monique se soltó de mi mano y echó los brazos al cuello de Yves. Lo besó en los labios.

—Sé un buen chico y obedece, Yves. Recuerda que Daniel nos ha sacado del apuro. No podemos ser desagradecidos con él, ¿no te parece?

—Como tú quieras, Monique. Quizá tengas razón. Te conviene descansar... Te llamaré mañana.

—De acuerdo.

Monique le besó otra vez con suavidad y me dijo:

—Cuando usted quiera, cómplice.

Bajamos en el ascensor y, para llegar al coche, tuve que sujetarla fuerte porque no estaba muy segura de remos.

—Déjeme conducir —dijo cuando ya estaba sentada en el asiento delantero.

La aparté.

—No quiero ir al infierno —dije, y puse el coche en marcha.

Empezamos el viaje en silencio.

—Monique —dije—, ¿no tienes nada que rectificar?

Me miró con el ceño fruncido.

—¿Rectificar qué cosa?

—Tu historia.

Rió de nuevo.

—¿Dónde quiere que la rectifique?

—En donde me hayas mentido.

—No, señor Silvestre, no puedo rectificar nada por la sencilla razón de que todo pasó como yo le dije.

No había por qué insistir.

Llegamos a su casa y subimos en el ascensor a la tercera planta.

Monique había empezado a buscar la llave en su bolso, pero no esperé y apreté el timbre.

Se abrió la puerta enseguida.

—¡Monique! —exclamó Chantal que cubría su hermoso cuerpo con un batín acolchado color rosa.

—Hola, hermanita —dijo Monique con ironía.

Chantal se echó en sus brazos y la besó en la mejilla.

Entramos y cerré la puerta.

—Monique, ¿qué te pasa? —preguntó Chantal.

—He bebido.

—¿Cuánto?

—Lo menos media docena de copas.

Chantal me miró y dije:

—Dele un baño y acuéstela.

—Ni hablar —contestó Monique—. Yo no necesito el agua.

Se apartó de su hermana y desapareció por un corredor.

Chantal me miró interrogativamente.

—Acompáñela —dije—, y luego hablaremos.

—Puede servirse *whisky*. Hay una botella en el mueble-bar.

Cuando se marchó tras de Monique, me serví una copiosa ración de *whisky* y me senté en un sillón.

El aparato de TV estaba en marcha, aunque Chantal le había quitado el sonido.

En la pantalla, el presidente de Estados Unidos, Johnson, estaba soltando un discurso, pero, claro, yo no lo escuchaba. Me pregunté

cuántos le escucharían en el mundo. Quizá menos de los que él suponía.

Pasaron como unos diez minutos y Chantal regresó.

—Se quedó dormida enseguida... ¿Quiere seguir viendo la TV?

—No. Puede apagarla.

La apagó y se sentó frente a mí.

—Cuéntemelo todo, Daniel.

Le hice un relato de lo que había pasado, según Monique. Chantal fue palideciendo poco a poco.

Luego agregué lo que me había ocurrido en el motel de «La bella jardinera».

—¿Cuál es su conclusión, señor Silvestre? —preguntó cuando hube terminado—. ¿Supone que Monique mintió?

—No, creo que dice la verdad. Monique creyó haber matado a Bloch.

—Entonces, ¿qué pasó con él cadáver?

—Quizá no hubo cadáver. Quizá Gerard Bloch sólo fue herido y se marchó por su propio pie, cogiendo el avión para Roma.

—¿Y si hubo cadáver?

—Entonces alguien se ocupó de esconderlo. Debo decirle que Richet, el dueño de «La bella jardinera», y su empleado Félix, no me merecen la menor confianza.

—¿Cómo podríamos salir de dudas?

—No he querido salir de dudas. ¿No se da cuenta, Chantal? En este caso concreto, si hay cadáver, su hermana se verá envuelta en un lío tremendo. La verdad es que no he tomado ninguna decisión a este respecto, porque no tuve tiempo, o quizá la verdadera razón sea que sentí miedo de seguir buscando. Si Monique no mintió y mató a Gerard Bloch, no tiene ningún testigo para probar que golpeó a Bloch para defenderse... Tal cómo están las cosas es ella, la propia Monique, quien ha de decidir si debo continuar adelante. Podría ocurrir que mi investigación la perjudicase en lugar de favorecerla.

—Le comprendo a usted.

Me puse en pie.

—He de marcharme. Usted también debe dormir.

—Dígame cuáles son sus honorarios.

—Ya hablaremos de eso mañana.

Me dio la mano y yo se la estreché. Era cálida.

—Henri Durand no me engañó con respecto a usted —dijo—. Es un hombre eficiente.

—Y peligroso con las mujeres. Recuérdelo.

—Hasta ahora no he podido saber lo peligroso que puede ser.

No sé si era un desafío o una invitación.

Para salir de dudas, le pasé un brazo por la cintura, a atraje hacia mí y la besé en la boca.

Ella me puso la mano en la nuca.

Había sido una invitación.

CAPÍTULO VII

Ya estaba otra vez en el coche.

Mi despedida con Chantal había durado exactamente tres besos, dos cortos y uno largo. En total, un minuto y cincuenta y tres segundos.

Era una criatura maravillosa. Ya saben, lo más parecido a una hurí.

No había cenado, de modo que me fui a dónde siempre, al restaurante de Antoine Vedel.

Apenas entré, Antoine me dijo:

—Preguntó por ti una pelirroja.

—¿Quién es ella?

—La trajiste un par de veces por aquí, la de carrocería de lujo.

Se refería a Yolande Marquet. Bueno, no se llamaba Yolande, pero trabajaba como maniquí y había cambiado de nombre porque le iba mejor para su profesión. Una semana antes, Yolande se había ido a Londres para hacer una exhibición de modelos.

Demonios, las cosas se habían complicado durante la tarde, pero ahora empezaba mi buena racha.

—¿Qué recado te dio para mí, Antoine?

—Que te sacase los ojos —contestó, y apoyó la mano en el cuchillo que había sobre la mesa.

—No te lo habrás tomado en serio, ¿eh, Antoine?

—Estaba muy furiosa.

—No adivino la causa —dije, haciéndome el bueno.

—Me lo explicó. Llamó hace cuatro días a tu apartamento desde Londres y le contestó una mujer. Y lo malo es que hizo la llamada a las dos de la madrugada.

—Era una cliente.

—Se demoró mucho esa cliente.

—Eh, Antoine. Soy un detective privado y los tipos con mi

profesión no tenemos el mismo horario que los demás.

—No, claro. Me hago cargo —dijo con sorna.

Cené muy aprisa porque Yolande tenía una llave de mi oficina.

Al fin me despedí de Antoine y abandoné el restaurante.

Cuando entré en la oficina me dirigí resueltamente a la habitación del fondo, la íntima después de cruzar la sala de espera y el despacho donde recibo a los clientes.

Yolande estaría al otro lado de aquella puerta esperándome.

Recordé sus brazos que se enroscaban como serpientes de cascabel, sus labios gruesos, rojos, que se adherían como ventosas...

No se filtraba luz por debajo. Claro, para ciertas cosas viene muy bien la oscuridad.

Abrí la puerta y dije:

—Yolande, sé que estás ahí.

Algo se movió a mi derecha y me volví hacía al diciendo:

—Nunca te fui infiel, querida...

Algo se estrelló contra mi cogote.

—¡Yolande! —grité—. ¡No seas salvaje!

Un puño golpeó mis narices.

Retrocedí soltando una maldición, y habría caído a no ser porque la pared me detuvo.

Allí había algo anormal. Yolande era una fiera, pero pegaba zarpazos, y no con el puño cerrado.

—Eh, ¿qué es lo que pasa? —grité en la oscuridad.

Lo que pasó fue muy malo para mí.

La puntera de un zapato se hundió en mi vientre, cerca de la ingle.

Creí que me moría.

No, no era Yolande. Ahora estaba todo claro. No era una persona la que me atacaba. Eran dos.

Tiré el puño al azar, por dónde oí ruido.

Sentí un gran placer cuando di en el blanco, en la cara de un hombre, porque pude escuchar perfectamente unas palabras soeces, mientras se caía.

En ese momento me volvieron a atacar, y esta vez no fue con el puño, sino con un trozo de cañería o quizá con la torre Eiffel.

Caí de rodillas, sintiendo todas las náuseas de mundo.

¿Por qué me estaban pegando aquella paliza? ¿Por qué?

Otra vez aquel bastardo hizo funcionar su tubería de plomo.

Recibí el golpe en la nuca, y el pozo negro en el que empezaba a sumergirme se convirtió en un tobogán.

Ascendía y bajaba a una velocidad de vértigo.

«Pasen, señores, pasen y diviértanse en la Montaña Rusa».

Yo lo estaba pasando bomba.

Pero, en un momento determinado, algo se interpuso en mi camino, una pared de ladrillo.

Allí fui a estrellarme. Ése fue el efecto, aunque probablemente me había estrellado contra la pared de mi oficina o contra el suelo. Ya daba lo mismo.

Escuché una danza ritual africana.

Miles de negros danzaban tocando los tambores, y de pronto, aquellos negros se marcharon y yo quedé a solas en Siberia.

No, yo no era el doctor Zhivago, pero allí estaba, en la helada planicie, y debía encontrarme desnudito, porque el frío se me estaba metiendo en el tuétano. Ahora sólo faltaban los lobos para despedazarme. Pero ¿qué tontería? Los lobos habían llegado mucho antes y eran los que me habían arrastrado más allá los montes Urales.

Una voz dijo muy cerca:

—¡Pero, Dios mío, cómo te han puesto...!

Deseé con todas mis fuerzas que fuese Julie Christie, en su papel de Lara.

Abrí los ojos para disfrutar.

¡Dios mío, era Julie Christie!

—Lara —dije.

—Conque Lara, ¿eh? Te voy a romper la cara.

No, no era Julie Christie, aunque su cara era muy parecida. Por eso me había gustado Yolande, por su parecido con la actriz británica.

Allí estaba con su rostro temperamental, sus mejillas ligeramente hundidas, su boca que pedía besos, sus ojos cargados de fuegos destinados a aniquilar los corazones...

—Cariño, ¿quiénes eran los dos tipos? —dije.

—¿Qué tipos? —preguntó Yolande.

—Confiesa que los contrataste para amedrentarme, pero se olvidaron de sacarme los ojos.

—Pero ¿de qué hablas, Daniel? Dios mío, sea de lo que sea, te han molido.

—¿Me lo dices a mí? Anda, ayúdame a llegar hasta el baño. Me ayudó.

En otras circunstancias, su contacto habría sido bastante para convertirme en una central atómica, pero ahora ni con ella tenía suficiente para superar el bajo cero en que me encontraba.

Llegado al cuarto de baño, me miré en el espejo. Los dos tipejos habían hecho un buen trabajo. Tenía una oreja como un repollo y mi ojo derecho se había ennegrecido bastante y se ennegrecería mucho más. Durante los próximos días tendría que usar gafas oscuras.

Ella chilló.

—¿Qué te pasa, nena?

—Tienes sangre detrás, en el cuello.

Me toqué allí, pero la sangre no salía del cuello, sino de mi cabeza, donde me habían alcanzado con la tubería de plomo.

—Necesito un baño caliente, Yolande.

—Lo que tú necesitas es un hospital.

—No puedo ir al hospital porque mañana he de trabajar.

—¿Dónde? —preguntó, porque Yolande es una ingenua, aunque a ustedes les parezca mentira.

—Tengo un caso entre manos.

—¿Por qué no te estás quietecito? Entre nosotros dos, con uno que trabaje ya es suficiente.

—Cariño, no soy de esos... Y ahora, al baño.

Salió de allí.

Me desvestí y me metí en el baño caliente.

Fue bueno.

Me embutí un albornoz y me sequé lentamente porque las partes golpeadas me dolían mucho.

Finalmente salí de allí.

La cama empotrada estaba horizontal. Me tendí en ella.

Yolande estaba sentada en el sofá y se levantó.

Vino hacia mí y puso los brazos en jarras.

—¿Y yo hice un viaje en avión desde Londres para esto? Tengo que volver dentro de seis horas.

—Déjame morir en paz, nena.

Pegó una patada en el suelo y se marchó.
¡Qué ocasiones pierde uno, hermano!

CAPÍTULO VIII

Desperté muy tarde.

Vi que las saetas del reloj mareaban las nueve y media.

El sol entraba a raudales por el balcón.

Ahora me dolía más el cuerpo que la noche anterior, pero eso era lógico.

Me fui al cuarto de baño y me contemplé la cara. Era todo un poema porque la barba me había crecido. Soy un tipo muy varonil y tengo que afeitarme todos los días.

Pero esta vez el afeitado fue un suplicio.

Tomé una ducha fría y luego dejé correr el agua caliente.

Me encontré mucho mejor y me vestí.

Poseía un buen juego de gafas oscuras. Me puse unas de ellas, las más grandes, y me encontré hasta favorecido. Podía pasar por un astro de la pantalla en viaje de incógnito.

Salí de la oficina y me fui a lo de Antoine.

—Eh, al fin te cazó Yolande, ¿eh? —me saludó sonriente Antoine.

Pensé en la buena de Yolande, que a aquellas horas estaría otra vez en Londres después de un viaje infructuoso a París. Prometí no defraudarla la próxima vez. ¿O no habría próxima vez porque yo iría muy pronto a la *morgue*?

Mientras esperaba los huevos revueltos con jamón, me eché el periódico a la cara.

Sentí un escalofrío por la espina dorsal.

Mis ojos estaban contemplando una noticia que para mí era sensacional. Gerard Bloch, secretario de un importante hombre político, de Robert Sellier, había muerto en un accidente de automóvil la noche anterior, cuando se dirigía a Roma para ventilar un importante asunto oficial en relación con el Mercado Común europeo.

Gerard Bloch viajaba solo. Se suponía que se quedó dormido al volante o que sufrió un despiste. Lo cierto era que su auto se había precipitado por un barranco a gran velocidad. Gerard Bloch había muerto instantáneamente ya que su cuerpo quedó destrozado. Dejaba mujer, pero no tenía hijos.

El accidente había sobrevenido en Perigorde, a unos ciento cincuenta kilómetros de París.

Se incluía la foto de Gerard Bloch vivo. Era un hombre de unos treinta y cinco años, bien parecido, mentón enérgico. Se le auguraba una gran carrera política, y no se tenía duda de que en las próximas elecciones saldría elegido diputado por una circunscripción del Mediodía.

Según Monique, Gerard Bloch había estado con ella entre seis y seis y media de la tarde.

Sí, Gerard Bloch había tenido tiempo de iniciar su viaje a Roma después de las seis y media.

Después de haber recibido el golpe en la cabeza.

¿Después de muerto?

Antoine me puso delante el plato con los huevos con jamón.

Me levanté de un salto y estuve a punto de derribar la mesa.

—Eh, ¿adónde vas? —preguntó Antoine.

—A hacer una llamada.

—Si es a Yolande, pierdes el tiempo. Se fue a Londres.

—Ya sé que se fue a Londres, tipo listo.

Entré en la cabina telefónica, y marqué el número de la casa de Gerard Bloch.

Se puso un hombre.

—Por favor, la señora Bloch.

—No puede atenderle. Soy yo quien recojo las condolencias.

—¿Cuál es su nombre?

—Guy Renán. Soy el cuñado del señor Bloch.

—Señor Renán, quiero hablar con su hermana. Es muy importante. Está relacionado con la muerte de su esposo.

—Espere un momento.

Pasaron como treinta segundos y oí de nuevo la voz de la señora Bloch.

—Señora Bloch, soy Daniel Silvestre.

—Me alegro que haya llamado, señor Silvestre. He recordado la

conversación que sostuve con usted ayer. ¿Qué es lo que pasa?

—Señora Bloch, usted me dijo que su marido viajaría en avión.

—Así fue.

—¿Por qué viajó en coche?

—No sé. Lo decidiría a última hora.

—¿Había encargado billetes?

—Sí.

—¿Lo canceló?

—No lo sé.

—¿Qué compañía iba a utilizar?

—Siempre utilizaba la «Air France»... Señor Silvestre, ¿quiere decirme de qué se trata?

—Lo siento, señora Bloch, pero no le puedo decir nada ahora.

Colgué antes de que me hiciese más preguntas y marqué el número de «Air France». Tenía allí una amiga llamada Catherine.

Me di a conocer a la muchacha y dijo:

—Vete al infierno, Daniel.

—Eh, ¿qué te pasa, Catherine?

—Me pasa que hace un mes me dijiste que me invitarías a cenar, y ya lo olvidaste...

—Nena, no te puedes imaginar el trabajo que tuve.

—¡Oh, sí! Vi tu trabajo hace cinco noches. Te felicito. Era una rubia platino sensacional. Pero, si es tu color favorito de ahora, tengo que decirte algo.

—¿Qué cosa?

—Me compré un postizo rubio platino.

—Catherine, ¿por qué no hablamos en serio? Quiero que me des una pequeña información.

—Dirígete a otra ventanilla.

—Nena, te invito a cenar mañana por la noche.

—¿Y por qué no hoy por la noche?

—Porque he de acabar un asunto que empecé.

—¿Qué es ahora? ¿Una morera? ¿O te dio por las pelirrojas?

—Catherine, quiero saber si un tal Gerard Bloch canceló su billete para Roma ayer tarde, en cualquiera de los vuelos...

—No lo canceló.

—¿Por qué me has respondido tan pronto?

—Porque he leído el diario. Ese hombre murió ayer en un

accidente de automóvil.

—Gracias, Catherine —dije, y colgué.

Imaginé a Catherine gritando por el micro. Pero yo no tenía tiempo ahora para hacer invitaciones, ni siquiera a Catherine con su peluca rubio platino. ¡Caramba, debía estar preciosa, porque Catherine era todo un tipazo! Tendría que llamarla un día de éstos para saber cómo le quedaba la peluca.

Despaché los huevos con jamón a una velocidad relámpago.

Me despedí de Antoine, y me puse en camino hacia «La bella jardinera».

Hacía un día muy hermoso. El cielo era azul, el sol calentaba bastante y los pájaros cantaban en los árboles.

Detuve el auto frente a la oficina porque ahora no tenía ningún motivo para presentarme allí clandestinamente.

Félix estaba en el mismo lugar del día anterior y leía un periódico.

Al verme arrugó el ceño.

—¿Usted otra vez?

—Me olvidé el mechero.

—¿El mechero?

—Sí, es de gas.

—No vi ningún mechero.

Me apreté el puente de la nariz.

—Bueno, quizá se quedó en el *bungalow* número siete.

Me examinaba con suspicacia, y aprovechando su silencio, le señalé el diario y dije:

—¿Ya leyó lo de Gerard Bloch?

—No sé a qué se refiere.

—Tiene doblado el diario por la primera página y ahí es justamente donde se inserta la noticia de que Gerard Bloch murió en un accidente de automóvil.

—Oh, sí, pero no retuve el nombre. Ahora empiezo a recordar... ¿Quiere decir que este Gerard Bloch, es el mismo por el que usted preguntó?

—¿A usted qué le parece?

—Hay muchas personas con el mismo nombre.

—Sí, amigo, hay muchas con el mismo nombre, pero el Gerard Bloch por el que pregunté ayer es el mismo que aparece ahí

fotografiado.

Esbozó una sonrisa y dijo:

—Eso prueba que estaba usted equivocado. Aquí se informa que murió en su coche, a ciento cincuenta kilómetros de París. ¿Se da cuenta? No dicen que muriese en el *bungalow* número siete de «La bella jardinera»...

—¿Sabe que es usted muy inteligente?

—Lo soy.

—Y hasta sabe leer.

—Eh, señor Silvestre, no me gusta el tono de su voz.

—¿Y qué más no le gusta?

—Su presencia. Creí que el señor Richet le dijo ayer que no volviese por aquí.

—No, no me dijo eso. Se refirió a que tuviese cuidado otra vez y me aconsejó que no me presentase subrepticamente. Por eso decidí venir a plena luz del día y me dirigí a esta oficina para preguntarle por Gerard Bloch.

—Ya lo hizo. Ahora, adiós.

—No, Félix, no van a quedar así las cosas.

—¿Qué es lo que quiere, maldita sea?

—La verdad.

Apretó los dientes rabioso y golpeó el diario con la otra mano.

—La verdad está aquí.

—No me gusta, Félix.

—No se trata de que a usted le guste o no le guste... Para cualquier persona con sentido común no existiría ningún problema con respecto a la muerte de Gerard Bloch.

—Le voy a arrancar la verdad.

—¿Qué me la va a arrancar? ¿Cómo?

Movió la mano hacia el cajón que había detrás del escritorio, pero yo lo agarré por el cuello de la camisa y tiré con fuerza de arriba abajo.

Su barbilla golpeó contra el tablero, y soltó una espantosa maldición.

Trató de desasirse, pero yo lo tenía bien agarrado.

—Quiero la verdad, Félix, o juro que hago con tu cara lo que hicieron conmigo anoche.

En eso, una voz dijo:

—Déjelo o se la gana, señor Silvestre.

CAPÍTULO IX

El tipo que acababa de hablar era Eugene Richet, dueño de «La bella jardinera». Estaba en el hueco de la puerta, del fondo, pero no empuñaba ningún arma.

—¿Sabe a lo que vine, Richet? —dije.

—Lo imagino teniendo en cuenta que también leí el diario.

—Lo celebro mucho.

—¿Qué tiene que oponer, señor Silvestre?

—Las cosas no pasaron como dice el periódico. Gerard Bloch estuvo aquí.

—Oiga, ¿por qué ha de ser tan enredador?

—Lo que quiero saber es lo que realmente ocurrió. Ahora sé que Monique Monier me dijo la verdad. Gerard Bloch vino ayer por la tarde a «La bella jardinera» y ocupó el *bungalow* número siete. Aproximadamente a las seis llegó ella. No pasó por aquí, pero Monique entró en el *bungalow* y allí ocurrió algo.

Richet sacudió la cabeza con firmeza.

—Usted es muy tozudo y, por lo visto, sólo hay una forma de convencerle para que se retire de esta investigación.

Hizo chascar los dedos y por el hueco aparecieron dos fulanos como montañas.

Cada uno de ellos debía pesar noventa kilos y sus manos eran como melones.

Uno de ellos, el de la cara más ancha, tenía las narices hinchadas.

Solté a Félix, porque me encontraba en mala posición, y el empleado se tambaleó.

—Eh, hermano —dije al de la cara ancha—, apuesto doble contra sencillo a que sé quién te hinchó las narices.

—¿Quién, pajarito?

—Yo, pajarito.

—¿Y por qué fue usted?

—Porque usted y su compañero me estaban esperando anoche en mi oficina —le sonreí enseñando los dientes y agregué—: Aunque sólo sea por curiosidad, díganme, ¿quién maneja la tubería de plomo?

Hubo un silencio y Richet dijo:

—Contéstale, Roger.

Roger, «Cara ancha», metió la mano en el gran bolsillo de su chaqueta y sacó el trozo de tubería.

—Aquí está para lo que guste —dijo, y sonriéndome otra vez.

Miré a Richet.

—Conque es usted el honorable tipo que se gana la vida honradamente con un honrado motel...

—Señor Silvestre, quiero ser complaciente con usted.

—Estupendo. Empiece a contarme la verdadera historia de la muerte de Gerard Bloch.

—No, no me refería a eso.

—¿A qué se refería entonces?

—A quinientos francos.

—Vaya, quiere comprarme, ¿eh?

—Sí, señor Silvestre, y su silencio vale quinientos francos.

—No hay acuerdo.

—Oiga, no piense que voy a subir la cifra.

—Tampoco lograría comprarme por más.

—No tiene alternativa, Silvestre.

—¿Por qué cree que no?

—¿No tiene ojos en la cara para verlo? Si hago una señal, Roger y León se dirigirán hacia usted. Está ya muy estropeado, señor Silvestre, ¿no le parece?

—Sí, eso es cierto. Con otro tratamiento de tubería, me dejarían para arrojarme a un basurero.

—Es usted demasiado optimista. Si ellos le dan otro tratamiento estará para que lo arrojen en el fondo de una fosa.

—No me gusta el cementerio.

—Entonces confórmese con los quinientos francos y haga la promesa de que se dedicará a pasear por París con lindas muchachas... Que por lo visto es su especialidad.

—Está muy enterado de mi vida privada.

—No tuve más remedio que enterarme. Sé que se le dan muy bien las chicas-bombón.

—Cometió un error grave, Richet.

—¿Cuál?

—Enviarme a sus matones.

—¿Quiere que le presente mis disculpas? Muy bien, ya están presentadas.

—Demasiado tarde.

La cara de Richet se endureció mucho.

De pronto Félix se movió detrás de mí.

No quise saber lo que hacía, aunque me lo imaginé. Se había empeñado en abrir el cajón.

Giré rápidamente y le estrellé la derecha en la cara.

Fue un disparo contundente.

Félix golpeó contra la pared, bizqueó y se derrumbó en el suelo.

—Adelante, muchachos —dijo Richet.

Roger y León echaron a correr hacia mí.

Me arrojé a las piernas de Roger y logré un impacto de primera categoría.

«Cara ancha» rodó por el suelo pegando berridos.

—¡Me ha roto la pierna!

León se había detenido al no encontrar enemigo a quién golpear.

Roger había abandonado la tubería de plomo y la atrapé.

Me levanté y aproveché el impulso para golpear a León en el mentón con la tubería.

Se produjo un sonido a cascajo y León retrocedió soltando palabras en un extraño idioma, al menos ésa era la impresión, pero con un golpe como el que había recibido, cualquier tipo hablaría hasta marciano.

Se rehízo y volvió a la carga.

Fue muy malo para él porque le alcancé con la tubería de plomo en el mismo lugar que el día anterior me golpearon a mí con la punta del zapato.

Se derrumbó dando gritos.

Me lancé sobre Richet, que empezaba a volverse para escapar al ver el cariz que tomaba la pelea.

Sólo logró dar dos pasos porque llegué hasta él y le pegué en el cuello con el badajo de plomo.

Se abatió de bruces y giró gritando:

—¡Por favor, no me pegue!

Así son los tipos como Richet, se mueren de miedo cuando alguien les sacude fuerte.

—Eso va a depender de ti, Richet.

—Mil francos.

—Te dije que no me comprarías. No vuelvas a intentarlo otra vez o te rompo la boca.

—¿Qué es lo que quiere? Es una locura lo que está haciendo.

—No, no es una locura; sólo quiero aclarar un hecho que está en tinieblas.

—Va a perjudicar a su cliente.

—¿A Monique?

—Claro que a Monique.

Me eché a reír.

—Eso sí que resulta divertido.

—¿Qué es lo que le divierte?

—Tú no llegaste a ver a Monique, no sabes quién es ella.

—¿Y qué?

—No te puede importar lo que le pase a Monique.

Se quedó sin habla unos instantes.

—Richet —le dije—, creo que ayer pasaron aquí muchas más cosas de lo que yo había imaginado.

—¡No sé nada! ¡No sé nada!

Levanté la tubería de plomo.

—¡Espere!

—Cuéntamelo todo sin esconder nada...

—Sí, señor Silvestre. Haré lo que usted quiera.

—Anda, date prisa. No quiero volverme a enfrentar otra vez con tus gorilas.

Una voz de mujer dijo:

—Silencio, señor Richet.

Miré la puerta por donde aparecía todo el mundo.

Ya había un nuevo personaje en la escena, pero él le daba luz, belleza, color...

Era una mujer.

Debería decir algo más, pero mi verbo resulta pobre ante un ejemplar tan sensacional como el que tenía delante. Poseía cabello

rojizo, ojos verdes, grandes, poblados de sedosas pestañas, un busto come el de Brigitte Bardot antes de sus tres matrimonios y unas piernas como las de Ann Margret cuando se pone las medias negras de rēja. Pero tenía una cosa que no me gustaba. Una pistola. Me estaba apuntando a los ojos, y con una maravillosa sonrisa, dijo:

—Apártese de Richet, o le salto los sesos.

—Eh, nena, yo juego en tu bando.

—Déjese de bromas. Apártese, o ahí va la bala.

Me tuve que apartar porque no tenía el menor deseo de que me vaciase la cabeza.

Ya estaba otra vez listo, en poder de los malos...

—Deje caer la tubería de plomo —ordeno la pelirroja.

Roger seguía gritando:

—¡Mi pierna! ¡Ese bastardo me ha roto la pierna!

Estaba en pie, apoyado en la pared.

—Si te hubiese roto la pierna, no podrías sostenerte, estúpido —le dije.

Cuando uno se encuentra en una situación parecida no debe perder el valor, al menos hasta haber recibido diez o doce golpes.

Richet se levantó jadeando.

—Ann —dijo—, ¿qué estás esperando? Liquida de una vez a este perro. Los muchachos se llevarán su cadáver al bosque y lo dejarán en un hoyo a unos cuantos metros de profundidad...

—No podemos hacer eso sin recibir órdenes.

—Pero tú eres la que da las órdenes, Ann.

—No, no puedo decidir en este caso. Hablaré con París.

—¿Para qué perder el tiempo?

—Richet, a veces me pregunto qué es lo que tienes sobre los hombros.

Intervine sonriendo:

—Yo te lo diré, Ann. El bueno de Richet tiene por cabeza una calabaza.

Ella me miró muy seria.

—No tiene nada de gracia ese chiste.

—Bueno, tengo una buena colección. Si te gustan picantes, te aseguro que podremos pasar una noche de miedo...

—Palabras, y palabras. Eso es lo tuyo... —Le alargó la pistola a Richet—. Sostén el arma, pero no dispaes. Voy a hablar con París.

Richet tomó el arma y me apuntó.

Ann desapareció en la otra habitación.

Observé la cara de Richet y vi las ganas que tenía de apretar el gatillo.

—Recuerda lo que te dijo ella, Richet. No debes disparar.

—Lo haré.

—Ella te lo prohibió.

—Le diré que no tuve más remedio que hacerlo porque trataste de escapar.

—Pero yo no voy a tratar de escapar.

—¿De veras? No raciocinas bien, muchacho. Aquí hay tres testigos, Félix, Roger y León, que dirán lo contrario. ¿Verdad, muchachos?

Los tres muchachos, que ya se habían recuperado bastante de la paliza, hicieron movimientos afirmativos con la cabeza.

Richet arqueó el dedo en el gatillo.

Sentí deseos de gritar a Ann que volviese, pero no serviría de nada. Para cuando llegase, aquel tipo me habría metido un par de balas en los intestinos, donde más duele.

Mi larga carrera había terminado.

—Richet —oí de pronto la voz de la pelirroja desde el interior—, han dicho que no lo podemos matar.

Vi que Richet titubeaba.

El sudor me bañaba la cara.

Ann apareció otra vez.

Richet hizo un gesto de furia.

—¿Por qué no podemos matarlo, Ann?

—Quieren hablar con él en París.

—¿Para qué?

—Es cuestión de París y no nuestra.

—¿Quién lo va a llevar?

—Yo.

—¿Tú sola?

—Sí, yo sola. Él conducirá.

—Intentará una treta.

—No, no intentará nada porque le estaré vigilando. Además, le conviene ir a París, porque al fin lo van a informar de todo.

Hice una reverencia a la pelirroja.

—Ann, por saberlo todo, ya puedes estar segura de que iría contigo hasta el fin del mundo.

CAPÍTULO X

Ya estábamos viajando en mi auto.

Ann me apuntaba con la pistola.

—Oye, Ann —le dije—, ¿crees que si quisiese desembarazarme de ti no lo conseguiría?

—No, creo que no.

—Bastaría un movimiento brusco en el volante y no tendrías oportunidad para disparar.

—Eso es lo que tú crees. Inténtalo.

—Cariño, tú mismo lo dijiste en el motel. Me conviene obedecer. Así sabré lo que realmente pasó.

No dijo nada, como si titubease, y de pronto abrió el bolso y guardó la pistola.

Me eché a reír.

—Eres una muchacha muy comprensiva.

—¿Tienes cigarrillos?

—En la guantera. Enciende uno para mí.

Encendió dos cigarrillos y me puso uno en los labios.

No llegamos a París. Me dijo que doblase a la derecha.

Seguí sus instrucciones y fuimos por una carretera secundaria.

Estábamos cruzando un lugar donde vivía gente con mucho dinero. Se veían magníficas casas rodeadas por parques. Algunas de las casas eran verdaderos castillos.

Me dijo dónde debía detenerme, delante de una puerta de hierro.

—Toca tres veces el claxon —me indicó.

Así lo hice, y poco después un hombre abrió las puertas de hierro y pudimos penetrar.

Seguimos por un camino flanqueado por árboles, y, finalmente, al doblar una curva nos encontramos con una de aquellas mansiones.

Detuve el auto al pie de la escalinata, donde una jovencita de unos dieciséis o diecisiete años, muy rubia, estaba jugando con dos perros.

La chica se cubría con unos *shorts* y con una camisa a cuadros, cuyos extremos había anudado sobre el estómago.

Ella también me miró a mí. Poseía unos ojos azules y era aterradoramente sugestiva. Me analizó unos segundos. Sonrió divertida porque se daba cuenta del impacto que su cuerpecito producía en mis sentidos.

Ann me volvió a la realidad.

—Entra en la casa.

La rubia habló.

—¿Quién es él, Ann?

—Díselo, Ann —contesté.

—Un entrometido y algo estúpido —repuso Ann, y me decepcionó mucho.

La rubia se encogió de hombros.

—Pues no está nada mal para ser un estúpido.

Le sonreí agradeciendo sus palabras.

Ann se revolvió furiosa hacia mí.

—No vinimos aquí a tomar el sol.

—No es por falta de ganas —dije dedicando mis palabras a la rubia—. Siempre que la compañía fuese la adecuada.

La muchacha de los dieciséis o diecisiete años rió cantarínamente y echó a correr.

—¡Vamos, muchachos!

Los perros la siguieron. Yo también la hubiera seguido si no hubiera ido allí a algo más importante.

Ann ya había subido la escalinata y se volvió en lo alto.

Antes de que pudiese decir nada, levanté la mano y dije:

—Ya voy, ya voy, y no te enfades. Los negocios hay que alternarlos con los buenos ratos...

Un criado nos abrió la puerta de la casa como si nos hubiese estado vigilando.

—¿Está el señor en la biblioteca, Louis? —preguntó Ann.

—Sí, señorita Manfred.

Al fondo se iniciaba una gran escalera que conducía al otro piso.

Ann y yo fuimos hacia la derecha y ella abrió una pesada puerta.

Entramos en la biblioteca.

Un hombre estaba sentado tras una gran mesa de estilo Renacimiento. Detrás, en la pared, se exhibía un cuadro de trescientos o cuatrocientos años atrás.

El hombre retratado era un caballero y poseía una nariz aguileña y ojos de mirada brillante. Parecía decir: «Sí, yo robé todo lo que pude, pero dentro de la ley».

El hombre que estaba sentado también tenía nariz aguileña, y sus ojos poseían la misma brillantez que los del tipo retratado. Frisaba en los cincuenta años de edad, estaba recién afeitado, y su poco cabello se ondulaba sobre el cráneo.

—Celebro conocerle, señor Silvestre —dijo—. Soy el padre de Yves. Robert Sellier.

—¿Cómo está, señor Sellier?

—Muy contrariado por su intervención.

—¡Cuánto lo siento!

Él captó la ironía de mis palabras porque en sus ojos se produjo un relámpago. Pero fue muy fugaz. Enseguida se suavizó con una sonrisa.

—Después de todo, le disculpo... Usted procedió cómo debía. Ha demostrado ser un eficiente detective.

—Señor Sellier, ¿por qué no habla a sus colegas de mí? Con su recomendación podría convertirme en el detective de los hombres de Gobierno, de los de la Banca, de los de la Bolsa...

—¡Basta!

El relámpago de sus ojos duró más tiempo.

—¿Qué es lo que se propone, señor Silvestre?

—Sacar a relucir la verdad sobre el caso de Gerard Bloch.

—No tiene necesidad de eso. Yo le voy a contar la historia...

—¿De veras?

—No tenga la menor duda... Señorita Manfred, ¿quiere serviros bebida? ¿Qué prefiere usted, señor Silvestre? ¿Whisky? ¿Ginebra?

—Un «Martini» con una aceituna.

—Para mí *whisky*, señorita Manfred.

La hermosa pelirroja abrió las puertas de un mueble-bar y sacó lo necesario para preparar los dos servicios.

Mientras tanto, guardamos silencio.

El señor Sellier me observaba como un boxeador observa a otro

antes de iniciar el combate.

—¿Su antepasado? —dije señalando el cuadro, para hacer amena la espera.

—Sí. Los Sellier pertenecemos a una rancia familia.

—Enhorabuena —dije.

Apretó la boca y sus labios se convirtieron en una raya que se doblaba por la comisura. Si hubiese estado en su mano, me habría cortado en rodajas para servirme de aperitivo con la bebida.

Ann se acercó con la bandeja.

El señor Sellier me invitó a que yo cogiese primero mi bebida. Así lo hice y él tomó luego su vaso de *whisky*.

Ann no se había preparado nada.

—¿Y usted? —dije—. ¿No bebe para celebrar el acontecimiento?

—No, gracias.

Robert Sellier bebió un trago e hizo chascar la lengua.

—Señor Silvestre, su cliente mató a mi secretario Gerard Bloch...

—¿Y cómo lo supo usted? ¿Quizá se lo confesó su hijo?

—No —hizo una larga pausa—. Fue Richet, el dueño del motel «La bella jardinera». Conocía a Gerard Bloch porque era su cliente.

—De modo que Gerard Bloch frecuentaba «La bella jardinera»...

—Le gustaba retirarse allí para estudiar sus asuntos.

—¡Y qué asuntos...!

—¿Eh?

—Rubias, morenas, pelirrojas...

—¡Señor Silvestre!

—Creo que debemos hablar con claridad, señor Sellier. Así que vamos a dejarnos de rodeos.

—Se lo voy a admitir, aunque no es una cuestión principal. Gerard Bloch fue muerto por Monique.

—Cuando él intentaba abusar de ella.

—¿Cree realmente esa historia, señor Silvestre?

—Claro que la creo. ¿Usted no?

—No, señor Silvestre, no puedo creerlo.

—¿Y cuál es la razón?

—Monique es una de esas

«ye-yés».

Para ellos, el sexo no tiene importancia.

—Me temo que está muy equivocado con respecto a los

«ye-yés»,
señor Sellier.

—No lo hice traer aquí para discutir eso.

—Bueno, creo que estamos eliminando muchos temas de nuestra conversación. Primero la vida privada de Gerard Bloch, que es la víctima, ahora los

«ye-yés»...

—Señor Silvestre, lo que me importa decirle es que gracias a mí, su cliente no será procesada por homicidio.

—Vayamos por partes, señor Sellier. Usted dijo que se enteró de la muerte de Gerard Bloch por Eugene Richet. ¿Fue a verle o le telefoneó?

—Me telefoneó.

—Continúe en ese punto.

—Me di cuenta de la trascendencia de la muerte de Bloch en tales circunstancias. Él es casado y un hombre público... No, no podía dejar las cosas como estaban.

—Y usted aconsejó que el cadáver debía de ser retirado.

—Sí.

—Metido en un auto y despeñado a ciento cincuenta kilómetros de París.

—Todo eso fue lo que ordené, y no me negará que procedí cómo tenía que proceder. Por aquel abismo sólo cayó un cadáver. Se mutiló un cuerpo que ya estaba sin vida... La policía de carretera determinó que se trató de un accidente... Su cliente ha quedado a salvo.

—Y otras cosas también han quedado a salvo.

—Por fortuna, señor Silvestre. Le repito que la muerte de Gerard Bloch, tal como se produjo, habría creado muchos problemas con respecto a su esposa, con respecto a mí, y especialmente, con respecto al futuro de Monique.

En aquel momento se abrió la puerta y entró la muchachita rubia seguida de sus dos perros.

Todos la miramos porque ella era de esa clase de mujer que, cuando llega a un lugar, roba el primer papel a los protagonistas.

—Dodó —le dijo. Robert Sellier—, estoy resolviendo un negocio.

—No te preocupes —le contestó la rubita—. No molestaré.

Se sentó en un sillón y uno de los perros ladró.

Antes de que Sellier protestase, ella dijo al perro:

—«Dick», vas a estar calladito. Tú también, «Moby». Quiero veros a los dos en el suelo, sin molestar a nadie.

Los dos perros obedecieron a su dueña y se echaron sobre la alfombra.

Dodó se sentó en un sillón y cruzó las piernas, maravillosamente proporcionadas de tobillo, pantorrillas y muslo.

—¿Su sobrina, señor Sellier? —dije.

Sellier me envió una andanada de dardos con sus ojos.

Para disimular, miré al hombre del cuadro; el cual pareció decirme: «Esas cosas no se dicen, muchacho. Debiste dejar que él te la presentase como su sobrina y no pisarle la idea».

Oí una risita.

Era Dodó.

También a ella le divertía el parentesco que yo le había sacado con el señor Sellier.

—Dodó —dijo Sellier con la voz ronca—, me distraes.

A mí también me distraía con su risita, con sus ojos, con su estómago tan mono.

—Está bien —dijo, y saltó del sillón con flexibilidad.

Los dos perros también se levantaron.

—Vámonos, muchachos. El amo nos echa... El amo es un ogro... Vamos a la cocina... Os prepararé un buen trozo de carne como a vosotros os gusta... —Me miró y dijo con una sonrisa—: Buena suerte, señor Silvestre.

Echó a correr y salió con los dos perros.

Cuando se hubo cerrado la puerta, Sellier exhaló el aire de sus pulmones.

—Creo que sus dudas han debido quedar disipadas, señor Silvestre.

—No lo sé.

—¿Por qué dice que no lo sabe?

—Porque es la verdad.

—Señor Silvestre, al comienzo de nuestra entrevista le he felicitado porque me ha parecido un hombre que conoce bien su profesión... Espero que no eche a perder esa impresión. Debe ser realista. Ha de estarse quieto a partir de ahora. Cualquier pregunta que haga acerca de la muerte de Gerard Bloch sería terrible para su

cliente. ¿O la prefiere ver en el banquillo de los acusados? ¿Cuál cree que sería el veredicto del jurado? No hubo testigos... Ella mató a Gerard Bloch, y teniendo en cuenta la vida de Monique, no creo que nadie esté dispuesto a aceptar su versión del asunto; que golpeó a Gerard en la cabeza para impedir que él abusase de ella. Todo está en contra de Monique y un fiscal habilidoso podría hablar hasta de chantaje. Sí, podría inventar una historia acerca del motivo de la cita clandestina en «La bella jardinera». No me negará que el encuentro de Gerard y Monique en el *bungalow* número siete se presta a muchas conjeturas, pero todas ellas, absolutamente todas, serán desfavorables para su cliente...

Terminó de hablar y guardamos silencio.

Yo bebí un trago del «Martini» y dije:

—Hay una cosa que me inquieta, y de la que usted no ha hablado hasta ahora.

—¿De qué?

—De las relaciones de su hijo con Monique.

—¿Qué pasa con eso? Yves está al margen de este caso.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? Es la mar de sencillo. Yves no tuvo ninguna relación con la cita de «La bella jardinera» y con lo que pasó allí.

—¿Sabe usted que Yves iba a huir con Monique?

—Tonterías.

—Se afeitó la barba y el bigote, y se iba a teñir el cabello.

Sellier cerró los ojos y los volvió a abrir.

—Señor Silvestre, mi hijo es un chiquillo.

—No tan chiquillo, señor Sellier. Tiene veinte años y cursó sus estudios con brillantez, puesto que ya es abogado.

—Pero es un sentimental.

—Y eso, para usted, es un defecto.

—Señor Silvestre, admito que Yves quiso ayudar a Monique, pero eso es lógico entre ellos. Ya sabe, me refiero a los «ye-yés».

Yves vio en Monique a un compañero, a un camarada en peligro y trató de ayudarla... En ese aspecto estoy orgulloso de que mi hijo posea ese espíritu romántico. Pero usted sabe lo que significa el romanticismo; un divorcio de la realidad... Nosotros somos

personas más sensatas. Debo agradecerle a usted que impidiese que mi hijo cometiese tal locura, huir con Monique, aunque debo aclararle que esa fuga no habría tenido la menor consecuencia policiaca, puesto que yo tomé las medidas para que la muerte de Gerard Bloch se convirtiese en un vulgar accidente.

Bebí otro trago de «Martini» y miré al hombre del cuadro. Hubiese jurado que su sonrisa era más irónica. Naturalmente, era un espejismo mío que se producía después de escuchar al hombre público llamado Robert Sellier. Parecía decirme: «Muchacho, así somos los Sellier. Ganamos siempre».

—Señor Sellier —dije—, ¿trabajan para usted León y Roger?

—¿Quiénes son?

—Dos hombres que me golpearon en mi oficina.

—No tengo nada que ver con eso, señor Silvestre. Sé lo que pasó y lo lamento. Eugene Richet se excedió —se levantó del sillón—. Y ahora tendrá que disculparme.

Rodeó la mesa y vino adonde yo estaba. Me tendió su mano y la estreché.

No me gustó su mano. Era adiposa, un poco sudada.

Luego sacó un papelito del bolsillo. Era un talón bancario. Ya estaba relleno.

—Señor Silvestre, le ruego que acepte esto.

Cogí el papelito y leí.

—Cinco mil francos.

Era estupendo. Sólo había tenido que enredar un poco y aquel tipo me largaba cinco mil francos.

—Me gusta pagar a las personas que han trabajado para mí —dijo feliz.

—Yo no he trabajado para usted, señor Sellier.

—Prácticamente, lo hizo. Si Monique se hubiese tenido que enfrentar con las autoridades, mi hijo y yo nos habríamos visto envueltos en este desagradable asunto.

—No puedo aceptarlo, señor Sellier —dije, y sin esperar a que se hiciese cargo del talón, se lo metí en el bolsillo superior de su chaqueta.

Su venilla de la sien izquierda se hinchó y sus ojos destellaron más intensamente que nunca.

—Preferiría tenerlo como amigo que como enemigo, señor

Silvestre.

—Muy amable.

—¿Qué va a hacer cuando salga de esta casa?

—Iré a hablar con Monique y le diré que todo quedó arreglado.

—Lo celebro —sonrió de nuevo.

—Pero le diré la verdad.

—¡Usted no hará tal cosa! —gritó—. Quiero que mi nombre no figure en la historia por ningún concepto. He tenido la gentileza de contárselo todo, pero usted debe guardar el secreto profesional.

—Usted no es mi cliente, señor Sellier, y no tengo que guardarle ningún secreto profesional. ¿Qué tiene de malo que Monique y su hijo sepan lo bien que se ha portado con ellos? Si las cosas han ocurrido como usted dice, ellos tendrán que agradecerle la forma en que los ha librado de la policía...

Dio unos pasos por la estancia hacia Ann, y se volvió bruscamente.

—Está bien, señor Silvestre. Puede decirlo si gusta. Con eso concluirá el caso.

—Sólo estoy de acuerdo en que concluirá porque Monique mató a Gerard Bloch en legítima defensa. No lo hago por usted, señor Sellier. Quiero que quede bien claro.

—Es usted un presuntuoso, señor Silvestre, y no me gusta su forma de insultarme. Es innecesaria.

—Imagino que con ello ha perdido puntos.

—Muchos, señor Silvestre.

—¡Qué se le va a hacer!

Me fui hacia la puerta.

—Señor Silvestre —me llamó.

—Diga, señor Sellier.

—Si llega a mis oídos el menor rumor que signifique una duda con respecto a la muerte de Gerard Bloch en ese accidente, lo haré a usted responsable.

—¿Y qué?

—Tendrá qué atenerse a la consecuencias.

Era una amenaza, el tono de su voz no dejaba lugar a dudas. Y su aspecto era el de un hombre que está dispuesto a llegar hasta el fin, a eliminar cualquier obstáculo que se interponga en su camino.

—Gracias por su «Martini», señor Sellier —dije, y salí de allí y

de la casa.

Me metí en el coche y empecé a correr hacia el portón de hierro.

De pronto sentí un ruido en el asiento trasero volví la cabeza.

Dodó viajaba conmigo. Había estado escondida, ahora ocupó el asiento y dijo:

—Hola, caballero andante.

CAPÍTULO XI

—Eh, Dodó, ¿qué es lo que haces? —pregunté.

—Viajar contigo, ya lo ves.

—Sí, pero ¿cuál es tu intención?

—Ahí me aburro —señaló con la mirada hacia la casa que estaba quedando atrás.

Se agachó por un motivo simple. El hombre del portón de hierro. No supe qué hacer, detenerme y hacer bajar a Dodó, o seguir.

Pero continué.

Nos alejamos de la puerta de hierro, y cuando ya había pasado el peligro, Dodó volvió a ocupar el asiento.

Entonces saqué el coche de la carretera y lo detuve junto a unos árboles.

—¿Qué te pasa, Daniel? ¿Por qué te detienes?

—Porque necesito hablar contigo... En primer lugar, ¿quién te habló de mí?

—Oí hablar mucho de ti a Robert Sellier y a Ann.

Inesperadamente me encontraba con que podía conseguir más información.

—¿Y qué les oíste hablar?

—Te llamaron de todo... Por ejemplo, bastardo, idiota, y otras lindezas por el estilo. A mí me resultaba divertido.

—¿Por qué?

—Porque no podía ser ningún idiota un hombre que busca problemas a alguien tan importante como Robert Sellier. Y creo que no me he equivocado.

—Gracias. ¿Es eso todo?

—Falta algo —dijo, y se echó sobre mí y me besó en la boca con los labios entreabiertos.

Aquella escena debía formar parte de un sueño.

—Eh, Dodó —dije, y le quité los brazos de mi cuello—, ¿por qué no eres una chica más seria?

—Yo no puedo ser seria. Me gusta mucho la vida.

—Sí, ya lo veo.

—He estado un mes en Suiza y antes estuve en muchas partes. Dentro de unos días me iré a Cannes.

—¿Sola?

—Sí, iré sola. Pero Sellier no tardará en reunirse conmigo.

—¿Y qué harás en Cannes?

—Sellier tiene un yate muy bonito. Allí me baño y me divierto mucho. Sellier es muy amable conmigo.

—¿Cuánto tiempo estás con él?

—Tres meses.

—¿Dónde os conocisteis?

—En una reunión que se celebraba en casa de un pintor en Saint Germain des Prés. Yo estaba entonces con un banquero.

Agrandé los ojos.

—¿Y cuánto tiempo estuviste con el banquero?

—Como otros tres meses.

—¿Y antes del banquero?

—Eh, Daniel, que no soy una niña precoz.

Y ella decía eso. ¡Bendita ingenuidad!

—Dodó, ¿tienes familia?

—Claro.

—¿Padre y madre?

—Sólo madre. Nunca conocí a mi padre... Me ocupo de ella muy bien. Le compré un piso con lo que le saqué al banquero.

—¿Y qué te vas a comprar con lo que le sacas a Robert Sellier?

—Quiero un bonito apartamento en París. Ya tengo una cuenta corriente. Pero no hay mucho en ella, unos veinte mil francos.

—¿Y a eso le llamas un poco?

—Necesito mucho más para lo que quiero hacer.

—¿Y qué quieres hacer?

—Abriré una casa de modas y entonces le pegaré la patada a los hombres viejos.

—Y elegirás a los jóvenes.

—¡Oh, no! Sólo pienso en casarme.

—¡Caramba!

—Sí, Daniel, con un hombre joven que sea inteligente y que tenga personalidad. Tú podrías ser un buen candidato.

Casi chillé:

—No, cariño. Yo soy de los que no se casan.

—Eso lo decís todos hasta que encontráis la mujer adecuada. ¿Y por qué no he de ser yo la mujer adecuada para ti?

—Pero, Dodó, acabamos de conocernos...

—Sí, pero yo tengo mucha vista para los hombres. Debo tenerla. ¿No te parece?

—Oh, sí, claro... Dime, Dodó, ¿cuántos años tienes?

—¿No lo sabes?

—Lo imagino, pero prefiero que lo digas tú.

—Diecisiete.

—Es lo que suponía —contesté con voz lúgubre—. Y ahora, será mejor que desciendas del coche y vuelvas a la casa.

—¿Por qué no me llevas a tomar un aperitivo? Hay un bar a dos kilómetros de aquí.

—Dodó, si el señor Sellier nota tu ausencia, sumará dos y dos.

—No seas tonto. No puede descubrir la verdad, que estoy contigo, porque el parque es muy grande y yo juego mucho con los perros, y a veces me alejo y me tiendo en la yerba y me quedo dormida... Robert está ahora muy ocupado con la muerte de su secretario.

Di un suspiro y puse otra vez el coche en marcha.

El bar a que se refería tenía una bonita terraza con una piscina. Sólo había media docena de personas.

Pedimos «Martini» y guardamos silencio hasta que los trajeron.

El ambiente era bonito porque había tres chicas en bikini que lucían muy bien su tipo. Pero Dodó era más brillante, más seductora...

—Dodó —rompí el silencio—, ¿qué pinta Ann con respecto a Robert Sellier?

—Es el enlace.

—¿El enlace de qué?

—De la organización que manda Robert.

—¿A qué organización te refieres?

—Bueno, de eso sé muy poco. Pero hay una organización... Muchas veces me he dicho que se trata de algo importante.

—¿Por ejemplo?

—No te lo sé decir... Robert sostiene conversaciones muy privadas con individuos que veo muy poco.

—¿Qué clase de individuos?

—Una vez en Ginebra se reunió con un tipo barbudo que hablaba un extraño idioma. Ann lo había traído a casa. Teníamos un hotelito cerca del lago, con un paisaje maravilloso...

—Sigue hablando del individuo barbudo.

—Pues la verdad es que no te puedo decir nada más.

—¿En qué Ministerio trabaja Sellier?

—En el de Asuntos Exteriores.

—¿Qué departamento?

—Creo que tiene que ver con los tratados europeos.

—¿Recuerdas el nombre del individuo barbudo?

—No.

—¿Alguien más aparte del barbudo?

—También lo visitó una mujer en Ginebra. Tendría unos treinta años, y era morena, con gafas, inglesa. Recuerdo que la llamaban doctora Deborah Marlowe... Ella vive en París. La encontré en un desfile de modas, hará cosa de dos semanas. Robert me llevó y allí estaba ella. Robert y Deborah cambiaron algunas palabras... Hace un par de días oí que Robert le hablaba por teléfono.

—¿Y qué le decía?

—Que todo marchaba bien y que el negocio se terminaría dentro de una semana.

—Y tú estarás en Cannes dentro de una semana.

—Sí, eso fue lo que dijo Robert. Me iré el próximo sábado.

Una de las chicas en bikini estaba subiendo la escalerilla del trampolín. Se puso al final del tablero. Su figura se recortaba en el espacio. Era magnífica.

—Traidor —dijo Dodó.

La joven se zambulló en el agua y entonces miré a la rubita. Sus ojos me observaban con fiereza.

—¿Qué pasa, Dodó?

—Te estoy ayudando y tú me pagas mirando a otra chica.

—Dodó, ¿qué pasó con Gerard Bloch?

—Que murió.

—Eso ya lo sé.

—No puedo agregar una palabra más.

Atrapé una de sus manos. Ella trató de desasirse, pero yo no la solté.

—Dodó, es importante que sepa qué pasó con Gerard Bloch.

—No sé nada.

—Tus ojos me dicen lo contrario. Sabes mucho. Me has hablado del individuo barbudo, de la doctora Marlowe, pero no te has referido a Gerard Bloch.

—No tenía por qué referirme a él.

—Apuesto a que en Ginebra, cuando viste a esas personas, también estaba presente Gerard Bloch.

—Sí.

—¿Qué hacía él allí?

—Era el secretario de Robert.

—Ya lo sé.

—Pues entonces queda contestada tu pregunta. Si Robert se dedicaba a negocios de su cargo, era preciso que estuviese su secretario.

—Tal como tú lo explicas, durante su estancia en Ginebra, Sellier se ocupó de algo más que de las obligaciones de su cargo.

—Oye, las conclusiones son tuyas.

—Te metiste en mi auto a escondidas, y no lo hiciste para que yo te invitase a tomar un aperitivo. Hay algo más, Dodó.

—¿Qué, por ejemplo?

—Quieres desembarazarte de Robert.

—Si yo quisiese desembarazarme de Robert, no te necesitaría. Cogería mi maleta y me iría.

—Quizá a él no le gustase. Quizá le tienes miedo.

Guardó silencio, y vi que se estremecía. Había dado en el clavo.

—Dodó, puedo librarte de él, pero has de hablarme con más claridad.

—Te he dicho todo lo que sé.

Se puso en pie.

—Me largo, Daniel.

—Yo te llevaré.

—No hace falta. Me iré paseando.

—¿No te parece demasiado largo el paseo?

—No te preocupes. Si me canso, alguien me llevará en su coche

—sonrió malignamente mientras agregaba—: ¿No crees que soy una chica que puede parar al primer coche que pase por mi lado?

—Seguro.

—Bueno, polizante, hasta la vista... Y recuerda que me gustas.

Agitó la mano como despedida y se marchó.

Yo quedé un rato sentado en la silla, con mi vaso de «Martini» en la mano.

La bañista de antes volvió a subir al trampolín y empezó a hacer monerías en lo alto.

No esperé a que se arrojase al agua. Estaba alargando demasiado el número y yo tenía que hacer muchas cosas en París.

CAPÍTULO XII

Pulsé el timbre del apartamento de la doctora Deborah Marlowe.

Para conocer su dirección me había bastado consultar la guía telefónica. Pero no le anuncié mi visita. Hay cosas que es mejor resolver personalmente.

Me abrió una mujer de treinta años.

—¿Doctora Deborah Marlowe?

—Sí, soy yo. ¿Qué desea?

Dodó no me había preparado bien para aquella escena. Sí, la doctora Deborah Marlowe tenía treinta años, ¡pero qué treinta años, hermano! Su cabello era rubio ceniza, un cabello que me gusta muy poco. Sin embargo, en ella resultaba perfecto. Su cara era ovalada, nariz recta, y boca grande, como la de Sofía Loren. También tenía la misma talla que la actriz italiana, alta. Yo sólo la pasaba un par de pulgadas. Su busto era desarrollado, prieto, encerrado en la blusa blanca de encaje, y la falda negra, muy ceñida a caderas y muslos.

—¿Quién ha dicho qué es? —preguntó interrumpiendo mi examen.

—¿Lo dije?

—Ya veo que sólo es un bromista —gruñó, y fue a cerrar la puerta.

—Me envía Robert Sellier.

Fue un buen proyectil porque se quedó parada, los jugosos labios ligeramente abiertos.

—Con permiso —dije, y entré en el apartamento.

Ella cerró la puerta, cruzó los brazos y preguntó:

—¿Cuál es el motivo de su visita?

—Vengo a recoger la mercancía.

Vi en sus hermosos ojos reflejado el sarcasmo.

—Señor como se llame, será mejor que salga inmediatamente de mi casa.

—Cuando me dé lo que vine a buscar —insistí, yendo hacia el sofá, donde me senté.

Ella se quedó en el mismo sitio, en la misma posición.

—El señor Sellier se va a disgustar mucho con usted, señorita Marlowe.

Ya daba por descontado que Deborah Marlowe sabría de mí y por eso le eché valor al asunto presentándome con desparpajo. Además, aquella mujer no era de las que lo despachan a uno con cajas destempladas. Había logrado interesarla.

—Señor Silvestre, sé que hace un rato estuvo usted reunido con el señor Sellier.

—¿Se lo dijo él?

—Tuvo que decírmelo porque yo no poseo condiciones para la astrología.

La miré de pies a cabeza y dije:

—Usted posee condiciones para otra cosa, Deborah. ¿Qué le parece si almorzamos juntos?

—¿Eh?

—Me gusta su tipo, su cara y ya quiero conocer la historia de su vida.

Se echó a reír.

—Su cinismo no le va a servir de nada, señor Silvestre.

—¿Por qué en este mundo al hombre que habla con claridad le llaman cínico?

—¿Cómo ha logrado dar conmigo?

Había cambiado bruscamente de tema, pero yo estaba preparado.

—Hablé con un amigo de Gerard Bloch.

—¿Qué amigo?

—No espere que se lo diga.

Señaló al teléfono y dijo:

—Hace un momento el señor Sellier me dijo que usted había quedado fuera del asunto.

—Yo no se lo prometí. ¿No le ha dicho también que rechacé los cinco mil francos que me ofrecía?

—Sí.

—Pues eso le debió bastar al señor Sellier.

—Él pensó que usted tendría suficiente sentido común para

retirarse.

—Admito el interés del señor Sellier para que yo abandone el asunto. Su hijo está relacionado con la muerte de Gerard Bloch, aunque sólo porque es amigo de Monique, supuesta agresora.

—¿Supuesta?

—Sí, eso es lo que pienso ahora, pero me ha interrumpido. He dicho que comprendo el interés del señor Sellier, pero ¿y el suyo?

—No voy a contestar ya a una sola pregunta señor Silvestre.

—¡Qué pena! Creí que usted y yo podríamos ser buenos amigos.

—Fue una suposición absurda por su parte... Y ahora, adiós, señor Silvestre.

Me levanté dando un suspiro.

—Sí, no hay más remedio, me iré.

—No hay más remedio —sentenció.

En ese momento se puso a sonar el timbre del teléfono.

Los dos miramos la mesa en donde descansaba el aparato, como dos indígenas de una isla del mar del sur que viesan por primera vez el artillugio.

El timbre seguía sonando.

—¿No va a contestar, señorita Marlowe?

—Cuando usted se marche.

—Para entonces habrán cortado. No se preocupe por mí, me taparé los oídos —así lo hice.

Si hubiese podido, me hubiera convertido en polvo con sus ojos. Pero sus hermosas pupilas no poseían el rayo Láser.

Fue muy deprisa hacia la mesa y descolgó:

—¿Sí? Hola, Nicolás... Perdona, estaba en el baño. ¿Esta tarde? Bueno... A las tres y media... No, no hay ninguna novedad —al decir aquellas palabras me miró, con lo cual se demostraba que había novedad—. No, no lo olvidaré... Hasta luego.

—¿Quién es Nicolás? —pregunté, bajando las manos de mis orejas.

No se irritó al saber que yo había escuchado, porque lo había supuesto.

—Mi prometido. ¿Tiene algún inconveniente?

—Claro que tengo inconveniente. Lo tengo siempre que me informo de que la chica que me gusta tiene ocupación masculina.

—Si ya terminó su racha de ingeniosidades, le agradecería

mucho que se marchase... Voy a tomar un baño antes de ir a almorzar.

—Estupendo. Entonces me quedo para darle jabón.

—¡Márchese!

—Como usted quiera, Deborah. Pero recuerde que intenté ser amigo suyo.

—Yo elijo a mis amigos.

—Yo también, por eso pensé que usted lo podía ser.

—Pues se equivocó, señor Silvestre.

—En fin, yo también me equivoco a veces.

—Esta vez fue una de ellas.

—Hasta la vista, Deborah.

—Hasta nunca.

Le dirigí una sonrisa y salí del apartamento. Pero me quedé junto a la pared y saqué algo de mi bolsillo un tubo acústico. Lo llevo siempre en el coche. Es una ventosa que se adhiere a las puertas o a las paredes y mediante el cual se puede escuchar una conversación. Es un aparato electrónico que utilizan los servicios de espionaje de todo el mundo, incluso en los países subdesarrollados. Y naturalmente, también lo utilizan los tipos como yo que se ganan la vida soltando y recibiendo mamporros.

Deborah había descolgado el teléfono y estaba marcando un número.

—¿Nicolás...? Perdona, corté la conversación porque tenía visita. ¿Quién te imaginas que era? Ese detective privado que se metió en el asunto. Daniel Silvestre... El mismo, Nicolás... No puedo hablar con Sellier para decírselo porque me dijo que tenía que resolver algo relacionado con Gerard Bloch... Sí, desde luego. Me desembaracé de Silvestre. Ya hablaremos en el almuerzo... ¿Todo va bien? Lo celebro mucho... ¿Restaurante «La noche»?... De acuerdo, Nicolás. Claro que lo tengo, Nicolás. Sí, guardado donde siempre, en la biblioteca. El libro del compartimento secreto está bien seguro. Hasta luego, Nicolás.

Colgó y le concedí un minuto para que se marchase del *living*.

Guardé mi aparato acústico y puse en marcha una de mis ganzúas.

Resultó fácil volver a entrar en el apartamento.

Tal como esperaba, el *living* estaba desierto.

Ya había visto la biblioteca a la derecha. Pero me sentí muy desanimado al ver que allí había como unos cien libros. ¿Cuál era el del compartimento secreto?

Oí correr el agua. Necesitaba que Deborah permaneciese un buen rato, por lo que deseé que fuese una muchacha muy limpia.

Fui a la biblioteca y leí algunos títulos: *La cabaña del tío Tom*, *Los últimos días de Pompeya*, *Cuentos de los hermanos Grim...*

Ben-Hur,

No, los títulos no servían para nada. El libro del compartimento secreto podía ser cualquiera. Tendría que empezar mi registro y decidí hacerlo metódicamente. Cogí el primer libro de la primera fila más cerca al suelo.

Resultó ser *Los sueños de una noche de verano*.

Observé atentamente el lomo, lo masajeeé y luego pasé las páginas. Nada.

Siguió el turno *El paso del Noroeste* y luego *La condición humana*, y a continuación seis más. No me acompañó la suerte, ¿o quizá había tenido el libro en mis manos y no había sabido pulsarlo en el lugar adecuado?

Cogí *Éxodo*, de León Uris, y tampoco pasó nada.

Lo abrí y pasé las páginas descorazonado.

¡De pronto ocurrió!

El libro estaba hueco en la mitad. Había un compartimento cubierto por una tapa de cartón.

No tenía tiempo para andarme con remilgos, de modo que saqué una navaja para hacer saltar la tapa y en ese momento oí la voz de Deborah.

—Quieto, señor Silvestre.

Me volví hacia la puerta de la habitación de donde había llegado su voz.

Deborah se cubría con un batín, y su cabello estaba recogido con un pañuelo.

—Está muy hermosa —dije.

Manejaba una pistola con la mano derecha. Un arma negra, como sus intenciones.

—Señor Silvestre, creí haberlo despedido.

—Me fui.

—Pero volvió.

—Sí, volví, porque olvidé algo.

—¿Qué olvidó?

—Le vi una hermosa biblioteca y decidí pedirle prestado un ejemplar. Me gusta la lectura. Todas las noches, antes de dormir, leo cuarenta o cincuenta páginas.

—Usted oyó mi conversación por teléfono.

—¿Eh?

—Me referí a un libro con un compartimento secreto y usted lo estaba buscando.

No tenía por qué desmentirlo porque estaba atrapado.

—Muy bien, Deborah. Usted gana.

—Se empeñó en morir, señor Silvestre.

—De ninguna forma. Soy joven y no tengo ninguna gana de largarme de este mundo, que sería un asco sin ustedes, las mujeres. Y le voy a agregar otra cosa, Deborah. Es mucho más maravilloso para mí desde que la he conocido.

—No es momento para requiebros, señor Silvestre.

—Cualquier instante es bueno para eso, Deborah. Piense en usted y en mí y mande al diablo todo.

—Es lo que voy a hacer. Mandarlo todo al diablo, incluido a usted.

—No se atreverá a disparar.

—Usted no me ha dejado otra oportunidad.

—Pero va a hacer un ruido infernal.

—No se preocupe por eso. Esta pistolita arma muy poco ruido y las paredes son buenas... Es un apartamento de lujo.

—Bueno, admitiendo que pueda pegarme la bala, no le conviene manchar su linda alfombra de sangre. Y le diré otro impedimento, por si no lo ha pensado. No puede desembarazarse de un cadáver.

—Claro que puedo.

—Peso mucho, y aunque usted es muy fuerte, no podrá recorrer mucha distancia conmigo en brazos, como un bebé. Tengo experiencia con los cadáveres porque me gano la vida llevándolos de un sitio a otro.

—No sea estúpido, señor Silvestre. No voy a tener necesidad de cargar con usted. Otras personas se ocuparán de eso.

Vi su intención de disparar.

—¡Espere un momento, Deborah!

—No voy a esperar un momento más. Es un peligro para nosotros.

—¿Y quiénes son ustedes?

—Ya lo sabe.

—No sé una palabra...

—Usted vino aquí y eso significa que sabe muchas cosas relacionadas con nosotros... Así que, ya se le acabó la cuerda, señor Silvestre. Le dieron un buen consejo, y usted no lo aceptó. Sólo ha conseguido una bala, la que yo le voy a enviar ahora...

Así eran las cosas de simples. Yo había jugado, y había perdido.

CAPÍTULO XIII

No podía esperar ni un segundo más.

Salté sobre Deborah.

La pistola se disparó.

Sentí cómo la bala me hacía la raya en el cabello.

Luego Deborah ya no tuvo oportunidad de recetarme otra píldora.

Caí sobre ella y los dos rodamos por el suelo.

Deborah soltó unos grititos en un tono muy alto.

Le pegué en la muñeca con el filo de la mano y eso bastó para desarmarla.

Ya habíamos terminado de rodar y yo estaba encima de ella.

Deborah trató de mordirme en el brazo, pero le puse la mano en el cuello.

—Cariño, se acabó la pelea.

—¡Bastardo!

—Estás en mis manos.

—¡Puerco!

—Debes colaborar conmigo.

—Va a colaborar tu abuela.

—Mi abuela colaboraría muy a gusto, pero ya descansa el sueño de los justos.

—Lárgate de una vez y déjame en paz.

—Me largaría con el libro que tiene el secreto, pero me gustaría saber algo más de vosotros.

—Estás jugando con fuego.

Su batín había quedado abierto por arriba y le sonreí.

—¿Quién te dijo que no me agrada el fuego?

—¡No me refería a esa clase de fuego, estúpido!

—Yo, sí. Pero no es el momento para tales juegos.

Me aparté de Deborah y ella se levantó también. Sus ojos

brillaron.

—Eh, Daniel, pareces muy hombre.

—Lo soy.

—Yo soy muy mujer.

Había cambiado de táctica, entre otras cosas porque yo tenía su pistola en la mano.

—Cariño —le dije—, quizá haya tiempo para hacer una comprobación de nuestros gustos, pero eso será más tarde, cuando yo haya resuelto este caso.

—No tienes nada que resolver, Daniel.

—Es lo que tú dices.

Cogí el libro del compartimento secreto.

—¿Qué es lo que hay aquí dentro? Y no me contestes que te vendieron este tomo por sorpresa.

—No te conviene saberlo.

—No tienes en cuenta mi profesión, querida. Detective. Y también olvidaste de qué forma me introduje en este asunto.

—Ya va siendo hora de que salgas.

—¿Sin conocer el misterio? —Le sonreí—. ¡Oh, no, de ninguna forma...! Quédate quieta mientras abro la caja de las sorpresas.

—¡No lo hagas!

Naturalmente, no tuve en cuenta su advertencia. Utilicé la navaja y en pocos segundos hice saltar la tapa del compartimento secreto.

Allí dentro había un tubo de aluminio. Era una cajita. Demonios, recordé esa broma tan común. Una caja que contiene otra caja, y ésta, a su vez, otra caja, hasta que uno llega al final y se encuentra sin nada.

Cogí el tubo de aluminio y dejé caer el libro en el suelo.

Abrí el tubo y lo volqué en la palma de la mano.

Salió un microfilm.

—¿Qué es esto, querida?

—Una de Jaimito.

—Prueba otra respuesta.

—Una del Gordo y el Flaco.

—Tampoco te creo.

—Está bien. Es una película no apta para menores de cinco años.

—Qué suerte... Yo tengo más de cinco. ¿Sales tú haciendo

cositas?

—Cerdo, yo no soy de esa clase de mujeres.

—Claro, tú eres una doctora... Te voy a decir algo en secreto, Deborah. No creo que se trate tampoco de un film pornográfico... Dadas las circunstancias, debe ser un film mucho más interesante.

—¿Qué, por ejemplo?

—Un secreto de Estado.

Deborah soltó una carcajada.

—Es lo malo que tenéis los detectives privados.

—Oh, sí, claro, queremos tres o cuatro mujeres al mismo tiempo.

—No me refería a eso, sino a vuestro afán de complicar las cosas, de ver algo sensacional y misterioso en lo que no tiene la menor importancia.

—Cariño, no me la vas a pegar... Este microfilm debe valer unos cuantos ojos de la cara.

—Pon precio.

—¿Quieres decir que me lo comprarías, Deborah?

—Claro.

—No, no voy a vendértelo.

—¡Es mío, maldita sea!

—Y ahora es mío.

—Entonces te lo compraré.

—Ya te he dicho que no está en venta.

—¿Y qué vas a hacer con él, Daniel?

—Entregarlo a las autoridades...

Por sus ojos pasó una sombra de temor.

—No harás tal cosa.

—Probaré que puedo hacerlo, Deborah.

Otra vez se echó a reír.

—Creo que te comprendo.

—No tiene nada de extraño que me comprendas, porque te he hablado muy claro.

—Me refiero a que no entregarás el microfilm a las autoridades.

—¿A quién?

—A Sellier. Le vas a hacer chantaje.

—¿Es eso lo que piensas?

—No tengo la menor duda —hizo una pausa—. Después de todo, eres un hombre con talento. ¿Sabes que me estás pareciendo un

chico muy interesante?

Alargué el cuello y, tras un carraspeo, dije:

—No te puedes imaginar la de ofertas femeninas que tengo que rechazar todos los días. Aunque resulte feo confesarlo, soy un tipo con mucho partido entre vosotras...

Caminó hacia mí cruzando las piernas, como una vampiresa de alto calibre. Estaba fascinante. Cada vez que daba un paso y se abría el batín, no les digo lo que veía para que no se les pongan los dientes largos.

Llegó a mi lado y me enroscó el brazo por el cuello.

Luego, con mucha tranquilidad, me besó con los labios húmedos. Fue un beso de torniquete.

Luego se apartó de mí y dijo:

—Daniel, podemos hacer el negocio juntos...

—¿Sí?

—Hay mucho dinero en juego.

—¿Cómo cuánto?

—Cinco millones en francos.

Lancé un silbido.

—Cariño —dije sacudiendo el dedo índice en la oreja derecha—, he oído la letra de una canción que es parecida.

—Ahora no se trata de una canción, sino de la vida real, Daniel —me volvió a besar, y, con la boca temblorosa, haciéndome cosquillas en los labios repitió—: Cinco millones de francos...

—Toda una fortuna.

—Para ti y para mí.

—Pero habrá otros, nena. Está Nicolás.

—Sí, está Nicolás, pero se la podemos pegar... Daniel, he pasado mucho en la vida.

—¡Pobre doctora mía!

—No te burles o te arranco el corazón. Desde que terminé la carrera me he pasado la vida de un laboratorio a otro haciendo potingues, hasta que alguien me abrió los ojos.

—¿Quién?

—Nicolás.

—Ese Nicolás debe de ser todo un tipo.

—Es mal enemigo, Daniel. Tendremos que librarnos de él... Se me ocurre una idea. Iremos al restaurante. Yo me ocuparé de

Nicolás.

—¿Pretendes pegarle un balazo delante de los demás clientes?

—Tengo veneno.

—¿Dónde?

—En mi anillo —me mostró su anillo con una esmeralda.

Me enseñó de qué forma funcionaba. Hizo una suave presión y el anillo se abrió. Dentro había un polvillo blanco.

—Se lo echaré en la copa en un descuido —dijo.

—Y adiós Nicolás. Lo siento, nena, pero yo no doy mi aprobación. Nicolás se pondrá a pegar gritos. Será como si le hubieses dado un balazo en la ingle.

—No te preocupes. Este veneno es utilizado por ciertas tribus del Brasil. No produce dolor. Nicolás sentirá sueño y todo lo más que puede ocurrir es que se quede muerto en la silla, pero la gente creará que le ha rendido el cansancio.

—Eh, nena, pudiste patentar los polvitos. Seguro que muchos herederos de viejecitos te lo comprarían...

—Déjate de bromas ahora.

—Oh, sí, tú estabas hablando en serio.

—Desde luego. Será mejor que nos marchemos, Daniel. Nicolás me espera para almorzar.

—Si el bueno de Nicolás supiese la clase de almuerzo que le espera, preferiría quedarse en ayunas.

—¿Estás de acuerdo?

Titubeé unos instantes y al fin dije:

—Sí, nena. Estoy de acuerdo.

—Me visto en unos segundos.

Se encaminó hacia el dormitorio, pero yo no quería que me la jugase, de modo que la seguí.

—¿Es que no te fías de mí? —dijo cuando entré.

—Claro que me fío, dulzura, pero ésta es una clase de oportunidades que yo no me pierdo.

—Eres un caradura —me dijo, y se quitó el batín.

Valía la pena verla.

CAPÍTULO XIV

Entramos en el restaurante «La Noche».

Doce cabezas de hombre, incluso los que estaban con mujeres atractivas, se volvieron para mirar a Deborah.

Y era natural, porque había entrado una diosa.

Yo la cogí del brazo, y como es lógico, me convertí en el tipo más odiado del globo terráqueo.

Pero estaba acostumbrado a que me odiasen porque pasaba muchas veces por aquella experiencia. Soy un fulano a quién le gusta lo mejor, tratándose de mujeres.

Allí había un tipo barbudo al fondo, en una mesa solitaria.

Él se quedó sorprendido al verme, pero no hizo el menor movimiento para sacar una pistola o una metralleta.

—Hola, Nicolás —dijo Deborah.

—¿Qué pasa, Deborah? ¿Por qué vienes con él?

—Daniel Silvestre se ha pasado a nuestro bando.

—¿Quién lo dice?

—Yo lo digo —contestó Deborah.

—Y yo también —hablé por primera vez al barbudo.

Me observó apreciativamente, mientras nos sentábamos Deborah y yo.

—¿Qué pasó entre él y tú, Deborah? —preguntó Nicolás—. Dijiste que se había marchado de tu apartamento.

—Volvió.

—¿Y qué más?

—Había sorprendido nuestra conversación.

—Sigue.

—Descubrió el libro.

—¡Eres una estúpida!

—¡Eh, Nicolás! —dije—. No me gusta que insulte a Deborah. No lo vuelva a hacer o le romperé las narices.

Nicolás era un tipo de unos cincuenta años, fuerte, con cabeza de pepino. Tenía la barba recortada. Seguro que todos los días pasaba por manos del peluquero. Se debía sentir muy orgulloso de su pilosidad.

—¿Quién tiene el microfilm, Deborah? —preguntó.

—Silvestre.

Me miró con ojos que parecían sucios de agua pantanosa.

—¿Qué es lo que se propone, Silvestre?

—De pequeñito, mi madre me castigó a no comer el pastel que estaba haciendo. Cuando eso ocurrió, yo tenía tres años. ¿Y sabe qué pasó? Que pillé un complejo... En resumen, que, según mi siquiatra, me deben dar parte del pastel para que no me enfade.

—¿Cuánto quiere?

—Muy poco. La mitad.

—¿La mitad de qué?

—De todo, claro.

—Bien. Vamos a ganar un millón de francos. Tendrá quinientos mil.

—Mis cuentas son otras, Nicolás. Quiero ganar dos millones y medio de francos.

—¿Eh?

—La mitad de cinco millones son dos millones y medio.

—¿Se ha vuelto loco?

—Sí, lo estoy. Ya le he contado lo del complejo.

—¡Basta, Silvestre!

—Tengo los naipes del triunfo, Nicolás. ¿No oyó a Deborah? Tengo el microfilm que guardaba en *Éxodo*. ¡Qué bonita novela! ¿La leyó?

—No.

—Pero quizá vio la película protagonizada por Paul Newman.

—Tampoco.

—Pues se perdió algo bueno.

—Señor Silvestre, ésta es una reunión de negocios. No me hable de cine ni de libros...

—Muy bien. Le hablaré de una rubia ceniza. Tiene un par de remos de campeonato...

Nicolás se puso colorado y luego cárdeno.

—Deborah, me has engañado —exclamó.

—No, Nicolás.

—Te ha visto más de la cuenta.

—Me sorprendió en el baño. ¿Recuerdas? Te dije que me iba a bañar.

Nicolás me miró con la ira acumulada de tres generaciones.

—Ella es mi chica, Silvestre.

Así de inocentes son los hombres. Decía que era su chica como si realmente fuese de su absoluta propiedad, pero yo no le podía decir que no era el tipo adecuado para Deborah.

—Mi más sincera enhorabuena —le contesté para darle ánimos.

Sin embargo, él no correspondió a mis buenos deseos. Siguió observándome con furia.

Deborah alargó la mano hacia la copa de Nicolás, aunque supuestamente se disponía a cogerle del brazo.

—Cálmate, querido —dijo.

El barbudo la miró, pero yo no estaba mirando a la hermosa Deborah, sino al anillo de Deborah.

Se abrió el compartimento secreto del anillo, y el veneno cayó en la copa.

Ya estaba listo Nicolás para la gran dormida. Bueno, sólo tenía que beber un trago y se acabó.

—Nicolás —dijo Deborah con toda la seducción del mundo—, sabes que eres el único hombre en mi vida. Es cierto que Daniel me descubrió en el baño, pero no pasó nada.

Sentí deseos de soltar una gran carcajada. Claro que había pasado, y mucho. Pero no se lo quiero contar a ustedes. Tienen imaginación, ¿verdad?

—Bebe, Nicolás —dijo Deborah.

Nicolás tomó la copa y se dispuso a beber porque lo necesitaba.

Ya la tenía en los labios e iba a tomar el trago fatal.

Hice un movimiento como si fuese a coger una aceituna que estaba al otro lado de la mesa.

Golpeé en la mano de Nicolás y la copa se le escapó en el suelo, rompiéndose.

—Es usted un torpe —dijo.

—¡Oh, perdón! —me excusé.

Miré a Deborah. Su rostro estaba blanco como la pared. Sus ojos estaban diciendo: «Nicolás tiene razón. Eres un estúpido, pero no

por lo que él cree, sino por haber evitado que lo matase».

—Amigos —dije rompiendo el silencio—, creo que estamos perdiendo el tiempo. Será mejor que vayamos a ver a Sellier para acabar el asunto.

Nicolás se sintió renacer, porque dijo con alegría:

—Me parece una buena idea.

—A mí, no —repuso Deborah dejando escapar las palabras por entre los dientes.

Yo me levanté.

—Nena, es lógico que, si yo he entrado en el grupo. Sellier me dé la bendición.

—No hay más que hablar —exclamó Nicolás, levantándose también—. Vámonos, Deborah.

La rubia ceniza no tuvo más remedio que alzarse.

Nicolás dejó unos billetes sobre la mesa y los tres nos dirigimos hacia la calle.

Hablé de viajar en mi auto, pero Nicolás se opuso. Tenía un «tiburón» amarillo junto al restaurante.

Él se puso al volante y Deborah y yo nos ubicamos en el asiento trasero.

Llevábamos unos minutos viajando cuando Deborah me soltó un pellizco en el muslo. Era el castigo que me imponía por la forma de comportarme en el comedor. Según ella, Nicolás debía de estar ya listo para ocupar una caja de nogal con asas de lujo.

Seguimos el camino que ya conocía, el que conducía a la casa en que estaba Sellier con aquella rubita llamada Dodó.

Al llegar ante el portón de hierro, Nicolás hizo sonar el claxon tres veces, y el tipo que hacía de portero nos abrió.

Fuimos hacia la casa.

No vi a Dodó ni a los perros.

Sí, yo me estaba metiendo en la boca del lobo. Tenía que ser el dueño de la situación, porque si el mando se me escapaba de las manos, todo acabaría para mí, y esta vez sería la buena, la definitiva.

Bajamos del coche.

El criado que tenía radar nos abrió la puerta.

—¿Está el señor Sellier? —preguntó Nicolás.

—Sí. Lo encontrarán en la biblioteca.

Los tres nos fuimos hacia la biblioteca y pasamos al interior.

Robert Sellier parecía no haberse movido desde que yo estuve allí porque se encontraba en el mismo lugar de la mesa. Estaba muy serio, y cuando me vio, sus ojos tuvieron aquel destello amenazador que yo ya conocía. Miré el retrato y el tipo que estaba allí pareció decirme: «Después de todo eres un pobre imbécil. Has vuelto y esta vez no escaparás».

Yo le contesté mentalmente: «Eres un sinvergonzón. Seguro que tú y yo nos habríamos divertido de haber vivido en la misma época. Por ejemplo, yo te habría roto el cuello, para empezar».

CAPÍTULO XV

Robert Sellier dijo:

—No le esperaba, señor Silvestre.

—Ya ve lo que es el mundo.

—Los estúpidos dicen que es muy pequeño.

—¿Y no lo es, señor Sellier?

—Es muy grande, señor Silvestre, aunque usted y yo no cabemos en él.

—¿Lo ve? Resulta pequeño —contesté con la mayor naturalidad.

Me miró ahora como si yo fuese un gusano y luego dedicó su atención a Nicolás.

—¿Me quieres explicar qué significa esto, Nicolás?

—No fue cosa mía, sino de Deborah.

Le llegó el turno a Deborah de sufrir la mirada del jefe.

—¿Qué pasó, Deborah?

—Lo descubrió todo.

—¿Qué es lo que descubrió?

—El microfilm.

—¡Cállate!

—Él lo tiene.

Pegó un salto en la silla.

—¿Silvestre?

Yo intervine porque me dio pena que fuese víctima de tantas sorpresas.

—Señor Sellier, tengo el microfilm, aunque todavía no sé qué es lo que está fotografiado. ¿Me lo quiere explicar usted?

—Señor Silvestre, no va a salir vivo de esta casa.

Saqué la pistola del bolsillo y dije:

—Señor Sellier, quizá esto le ayude para que se haga cargo de la realidad.

En ese momento se abrió la puerta, pero no disparé, porque la

visitante era la atractiva y sugestiva Dodó. Detrás de ella entraron los dos perros.

Enarcó las cejas al verme.

—Eh, cuidado. Silvestre, me está apuntando a mí.

En ese momento oí la voz de Sellier a mi espalda:

—Y yo le estoy apuntando a usted, Silvestre. Si hace el menor movimiento de volverse hacia mí, le meto dos balas en la espina.

Ya había cometido el error. ¿Les había dicho que soy tonto?

Sellier habló de nuevo:

—Tire la pistola, señor Silvestre.

No tenía más remedio que soltarla y la dejé caer en la alfombra.

Luego sonreí a Dodó y le dije:

—Nena, una bruja me dijo que una mujer sería mi perdición y ya lo ves, acertó.

Ella se encogió de hombros porque realmente no tenía la culpa de que yo hubiese cometido aquella majadería.

Giré hacia Sellier, el cual ahora ya no estaba serio. Sus labios esbozaban una sonrisa de triunfo.

—Yo soy el vencedor, señor Silvestre.

—Mis felicitaciones.

—Ahora va a terminar su absurdo entorpecimiento.

—Ya que va a acabar conmigo, podría explicarme lo que pasa.

—¿No lo sabe?

—Me hago una idea, pero me gustaría saberlo todo. Por ejemplo, ¿qué contiene el microfilm?

—Los planes de la fuerza de represión de Francia en caso de un ataque atómico.

—Y usted, hijo de perra, sacó eso de los archivos.

Mi insulto no le hizo perder la calma. Todo lo contrario, me sonrió con más gusto.

—No quiero la guerra, señor Silvestre.

—¿Cree que Francia la quiere? Usted mismo lo acaba de decir. Se trata de los planes de disuasión para el caso de ofensiva inesperada de un enemigo.

—No voy a discutir con usted acerca de lo que es la fuerza de represión francesa.

—No, claro, no le conviene. Pero dígame, señor Sellier, ¿a quién iba a vender los planes?

—A Nicolás.

—Eso ya lo sé. Pero ¿a quién representa Nicolás?

—A una organización internacional que se dedica a vender al mejor postor. Compran toda clase de secretos, tanto a países occidentales como orientales.

Me dirigí al barbudo.

—Vaya, es usted todo un hombrecito de negocios.

—No soy el único.

—Sí, ya he oído hablar que tiene usted competidores.

—Es un asunto que hoy está muy en boga, señor Silvestre. Allá donde hay una mercancía, surge el negocio. Es un puro principio de economía política. Surgió la guerra fría, ¿y qué pasó? Que aparecieron unos personajes dispuestos a vender secretos... Pero ya acabó la guerra fría, y nosotros, los que ustedes llaman aventureros, tuvimos que transformar nuestro sistema de compra-venta. Se acabaron los negocios individuales del espionaje y del contraespionaje. Era necesario que nos organizásemos como cualquier sociedad anónima que se dedica a vender una mercancía legal. Es lo que hemos hecho, señor Silvestre, organizarnos de acuerdo con los nuevos tiempos. Pero, naturalmente, nos tenemos que valer de los propios funcionarios del Estado a quienes queremos sacar el secreto. Luego ofrecemos el secreto al mercado internacional, y el que más da, se lo lleva.

—Le agradezco mucho sus informes, Nicolás...

—Ya puede morir entonces.

Observé a Sellier. Seguía apuntándome al pecho.

—No puede matarme, señor Sellier.

—¿Por qué no?

—Porque he participado mi información a un amigo.

Sellier rompió a reír haciendo gala de un gran optimismo.

—Señor Silvestre, usted trabajó sólo desde el principio.

—Pero más tarde decidí que alguien me acompañase.

—Falso. Usted es un tipo que no sería capaz de compartir sus riesgos con nadie. Conozco bien a los de su clase...

—Señor Sellier, todavía está a tiempo de echar marcha atrás.

—¿De qué está hablando?

—De reponer ese secreto de donde lo tomó.

—Es un buen chiste.

—Desvíe la pistola y apunte a Nicolás. Oblíguelo a salir de la casa con Deborah... Luego usted hará el resto. Se comportará como un buen ciudadano francés.

—Debería haber dicho eso con música de la Marsellesa.

—Señor Sellier, si no consigo convencerlo con razones de patriotismo, al menos debe de pensar en su hijo.

—No lo nombre.

—Está dando la razón a Yves. Su hijo dice que nosotros no podemos comprender a la juventud que él representa. Por desgracia, tiene razón. Si Yves supiese la clase de trabajo que usted hace, se sentiría avergonzado, renunciaría a usted para toda la vida, le escupiría en la cara, señor Sellier.

—¡Cállese, maldita sea!

—Le hace daño, ¿eh?

Dodó intervino:

—Podía contarle el resto, Robert.

Me volví hacia la rubita.

—¿Cuál es el resto?

—¡Cállate tú, Dodó! —gritó Robert.

Otra vez miré a Sellier.

—Se lo puedo decir yo, Sellier. Apuesto doble contra sencillo a que Gerard Bloch no fue muerto por Monique Mardin. No me equivoco, ¿verdad?

—No importa quién lo matase. Era un canalla.

—Entiendo. Le iba a traicionar...

—Sí, ese cretino me iba a traicionar. Me robó el microfilm. Se lo había llevado a «La bella jardinera». Había quedado citado con otro personaje para vendérselo.

—Y al mismo tiempo citó a Monique.

—Fueron dos cosas independientes. Gerard Bloch estaba cansado de su mujer y pensó que Monique era la chica que le convenía. Eso pasa cuando uno tiene mucho dinero y Gerard Bloch pensaba tener unos cuantos millones...

—Pero él sabía la clase de chica que era Monique y le preparó una droga en la bebida. Sólo así la conseguiría. Monique se dio cuenta de la encerrona y forcejeó con Bloch cuando él intentó besarla. En un momento determinado, golpeó a Gerard con un cenicero. Como ella estaba mareada, creyó que lo había matado.

Entonces entró usted en escena. ¿O fue uno de sus hombres?

—Quise que fuese cosa mía, puesto que yo era el traicionado...
Sí, señor Silvestre, yo maté a Gerard Bloch, y le aseguro que ha sido una de las cosas que más a gusto he hecho en mi vida.

CAPÍTULO XVI

—¿Cómo lo hizo, señor Sellier?

—Utilicé como arma el mismo cenicero con el que Monique le había golpeado.

—¿Y el resto?

—Fue cuenta de Eugene Richet. Lo metió en el coche y se lo llevó a ciento cincuenta kilómetros de París. Despeñó el automóvil de Gerard en el momento oportuno.

—¡Qué bien trabajan ustedes!

—Celebro que le guste.

—No me dejé terminar. Se llenan las manos de sangre, y es como si hubiesen ido de merienda al campo.

—Ya le he dicho la clase de bicho que era Gerard Bloch.

—¿Y qué clase de bicho es usted, Sellier?

—Ya dijo bastante... Buen viaje, señor Silvestre.

Me dejó caer en el suelo y atrapé la pistola.

Quedé fuera del alcance de Sellier durante unos segundos, pero me encontré con la sorpresa de que Nicolás también sacó la pistola y él estaba más cerca de mí.

Apreté el gatillo.

Nicolás recibió una bala en la parte izquierda del pecho, en el corazón, y disparó a su vez.

De esa forma conseguí una carambola digna de un campeón del mundo.

La bala de Nicolás se llevó media cara de Sellier, y, claro, lo mató.

Nicolás estaba agonizando en la alfombra.

Deborah no intentó nada. Estaba más pálida que una muerta.

De pronto echó a correr.

—¡Párate, chica! —ordené.

Probablemente ella sabía que yo no le dispararía por la espalda

porque no se detuvo.

Miré a Dodó. Estaba muy seria.

—Cariño, te voy a pedir un favor.

—Pídeme lo que quieras, Daniel.

—De momento, sólo quiero que cuentes la verdad a la policía.

Me hizo un guiño.

—De acuerdo, Daniel.

—Nos ha hecho un gran servicio —dijo Monique.

Yves me estrechó la mano.

—Gracias por todo, señor Silvestre.

No encontré palabras para darle mi condolencia.

Su padre había vivido como un miserable y había muerto como un miserable. Daba pena pensar en los muchos padres que se metían con sus hijos

«ye-yés»,

cuando tenían que aprender de ellos. Pero así va el mundo.

Salieron de mi oficina sin agregar otra palabra y yo me quedé solo. Muy solo.

Bueno, ya era hora de descansar.

Me tendí en el sofá y puse un almohadón debajo de la cabeza.

En eso se abrió la puerta y apareció Dodó.

Vino hacia mí como una tigresa hambrienta que acaba de encontrar un venado.

Yo no dije nada, ni ella tampoco.

Se puso de rodillas, a mi lado, se inclinó sobre mí y me besó en la boca.

—Cariño, me abandonaste en manos de la policía.

—¿Te trataron bien?

—Muy mal. Me hicieron preguntas y preguntas como si yo fuese una delincuente.

—Tú no eres una delincuente, Dodó.

—Pero necesito que me reconforten después del mal rato que pasé.

Sonó el timbre del teléfono y alargué la mano mientras Dodó me besaba otra vez.

—¿Sí? —dije cuando la rubita me dejó libre.

—Soy Chantal —habló la hermana de Monique.

—Hola.

—Estaba pensando si estarías demasiado solo y te gustaría pasar un rato conmigo.

—¡Oh, sí, claro!

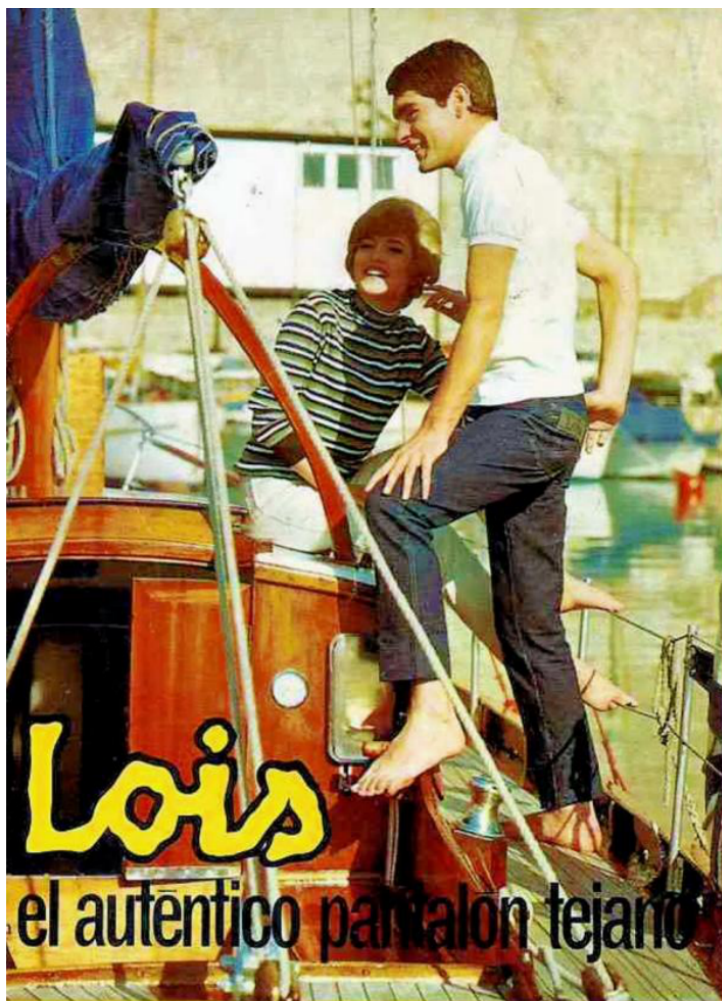
—¿Está bien a las siete?

Eran las cinco. A las siete estaría libre.

—De acuerdo, señor Darmon —dije, y colgué antes de que Chantal me replicase—. Dodó, se trata de un diente, pero nos quedan dos horas.

—Dos horas pueden ser mucho tiempo —dijo Dodó, y empezó a utilizar muy bien los ciento veinte minutos.

FIN



Lois

el auténtico pantalón tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (España)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.

